
EL HOMBRE ROJO DE TACON
WALTER CARRIGAN.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
JOSÉ LUIS

Walter Carrigan

EL HOMBRE ROJO DE TACOM



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN
TIP. ARTÍSTICA - VALENCIA



CAPÍTULO I

UN RAYO DE ESPERANZA

Vertex, el anciano patriarca de los restos de una civilización antaño poderosa, sí, la más poderosa de su mundo galáctico, pasó la mano por su frente arrugadísima y suspiró hondamente. No le quedaba mucho de vida, mas no le preocupaba este pensamiento. Él había vivido lo suficiente para sentirse cansado de la vida. Durante los últimos treinta años, desde la muerte del gran Jumwha, había gobernado a los condenados del espacio. Durante treinta años, día tras día, había suspirado por hallar un mundo de parecidas características a las de Tacom; pero la peregrinación por los cielos siderales había sido una marcha sin fin.

Desde que salieron de Tacom... Casi cien años habían transcurrido desde entonces. Vertex lo recordaba perfectamente. Entonces era uno de los más jóvenes tacomis que embarcaron en la astronave *Kipsedón.* ¿Cuáles fueron los motivos que impulsaron a

Jumwha y a mil de los suyos a emprender aquella larga peregrinación? Simplemente uno: Tacom era un mundo viejo, caduco, destinado a desaparecer en un plazo no muy lejano. Y la vida habría desaparecido muchísimo antes en todas sus manifestaciones. Los sabios, los astrónomos más competentes y los investigadores a cuyo cargo estaba la solución de los problemas científicos, físicos y bioquímicos de Tacom, habían predicho la muerte del planeta para un plazo no superior a cinco mil años ni inferior a tres mil.

Pero éste no era el único motivo. En el ánimo de todos los dirigentes tacomis pesaba la terrible vecindad de los hombres antena, asentados en los otros dos planetas que, con Tacom, giraban alrededor de mismo sol. Los hombres antena no tenían ojos como los tacomis, sino dos cortos tentáculos colocados sobre la frente que cumplían las funciones de aquéllos actuando como las antenas de un perfeccionadísimo aparato de radar.

Vertex tampoco había olvidado la reunión de los altos dignatarios de Tacom. De aquella reunión salió el proyecto de la astronave más gigantesca que jamás surcara los espacios. ¿Cuántos embarcaron en ella con el único y exclusivo fin de buscar un mundo que reuniera las mismas condiciones de habitabilidad que el planeta Tacom, donde la vida fuera posible sin utilizar los adelantos ultramodernos? Fueron cerca de un millar, y la triste desgracia del caso es que, tratándose de una expedición interplanetaria, se excluyeron a las mujeres, según las costumbres ancestrales de Tacom. Mas el destino había querido que embarcase a bordo de la aeronave un polizón, una mujer descendiente de la casa reinante de Tacom, enamorada fervientemente del gran jeddad Jumwha, sin que ninguno de los tripulantes del *Kipsedón* lo supiera hasta que fue ya demasiado tarde para volver.

El caso es que, después de casi un siglo vagando por el universo, habiendo ya perdido todo contacto con Tacom, quedaban muy pocos de los que partieron un tormentoso día del planeta. Y los que quedaban eran muy viejos. Cierto es que el promedio de vida entre los tacomis era de ciento cincuenta años, pero ¿no hacía ya cerca de cien años que marchaban errantes, como el dios mitológico Degón? ¿No habían sufrido con el pensamiento hasta casi perder la razón? ¿No habían asistido al prematuro envejecimiento de sus rostros y al insensible encorvamiento de sus cuerpos? ¿No presenciaron la lenta agonía del gran Jumwha y el triste fin de gran parte de los suyos?

Pero Vertex confiaba en Yandot, el más joven de los expedicionarios, y en sus seis hermanos, nacidos todos a bordo del

Kipsedón e hijos de Jumwha, el héroe nacional de Tacom y jeddad de la aeronave, y de Laya, la princesa que embarcara subrepticiamente.

Vertex admiraba a los siete hijos de Jumwha, el mayor de los cuales, Temoc, contaba noventa años; pero en especial apreciaba a Yandot, el más joven, nacido treinta años atrás, porque en él veía reflejadas todas las cualidades que adornaron al gran Jumwha. Su inteligencia era portentosa y en el corto espacio de su vida había asimilado como ninguno los conocimientos avanzadísimos de los tacomis.

Vertex no podía moverse de su cámara. Era ya demasiado viejo. Todo le pesaba, incluso la vida. Ya sólo su cerebro se mantenía despierto. Su rostro retorcido y requemado carecía de expresión, y a no ser por el extraño fulgor que despedían los ojillos metidos en sus órbitas hundidas y violáceas se le habría podido tomar por una momia egipcia.

Pensó en Yandot. Hubiera querido manifestarle cuánto confiaba en él para llevar a feliz término aquella inacabada misión. Pero era inútil que lo dijera puesto que Yandot ya lo sabía. ¿Acaso no poseía el cerebro más desarrollado entre todos los mortales? ¿Acaso no era capaz de adivinar el pensamiento e incluso de transmitirlo a distancia? ¿Telepatía? La Psicoquinética hubiera respondido satisfactoriamente a este fenómeno. Los ojillos del segundo jeddad del *Kipsedón* se iluminaron. Extendió una mano para apretar un botón azulado entre una serie ordenada de botones, colocados en un tablero junto al lecho. Deseaba hablar con Yandot.

De repente, aún sus dedos no habían llegado a pulsar el botón de llamada, cuando la puerta de la cámara se corrió silenciosamente y apareció en el umbral Yandot. Una vez más se había anticipado a los pensamientos del anciano.

—¿Me llamabas, jeddad? —Su voz en el idioma tacomis era profunda, gutural, poderosa.

Vertex asintió con la cabeza, examinando satisfecho las enormes proporciones de Yandot. Si un terrestre hubiera tenido que describir al hijo menor del gran Jumwha tomándolo como prototipo de la raza tacomis hubiera empleado estos términos:

Es de gran estatura, pues pasa levemente de los dos metros. Su cuerpo es más bien delgado, pero se advierte enseguida la extraordinaria vitalidad que se encierra en él. Los brazos son más largos que los corrientes humanos, parecidos a los de un mono, aunque sin vello. Cuando camina flexiona demasiado las rodillas, dándole un aspecto algo grotesco, que se olvida al admirar la suavidad de su andar y la

flexibilidad y agilidad de sus movimientos. Su rostro es de pómulos salientes y de barbilla poco pronunciada. Tiene los ojos ligeramente oblicuos y muy penetrantes, la nariz aguileña, los labios gruesos, los dientes largos, no en extremo, y fuertes, y el cabello lacio y negro. La piel está desprovista de vello y su color es atezado, casi cobrizo.

Constitucionalmente, pues, los tacomis no se diferenciaban mucho de nosotros los terrestres. Yandot no hubiera sido considerado hermoso, según la clásica definición que tenemos de la belleza humana, pero su aspecto era agradable y se desprendía de su persona un cierto atractivo exótico.

—¿Alguna novedad, Yandot? —interrogó Vertex, con voz muy apagada.

—Buenas nuevas, jeddad. Hemos penetrado en un sistema planetario donde existen un par de mundos en los que es posible la vida.

El rostro del anciano se iluminó.

—¿Es cierto eso?

—Lo es, oh, gran Vertex. Un sistema planetario con nueve planetas que giran alrededor de un sol. Uno por lo menos está habitado. Mi hermano Temoc ha puesto rumbo hacia él.

El anciano se dejó caer blandamente sobre los almohadones. Durante unos segundos reinó el silencio en la cámara. Luego, la voz cansada brotó de nuevo de los labios del Jeddad, pero éstos apenas se movieron.

—Sabía que lo conseguiríamos. Tenía que llegar. Un siglo vagando por la inmensidad del cosmos, explorando miles de astros. ¿Te das una idea, Yandot, de lo que esto significa?

—Lo sé —respondió sencillamente el joven tacomis.

—No; no lo sabes, Yandot. Son miles de días y de noches, según nuestro calendario electrónico de a bordo, viviendo asidos a una loca esperanza; son miles de desengaños oprimiendo el corazón; es la desesperación atenazando con sus retorcidos brazos el cerebro; es el llegar a creer que se ha perdido la razón y la esperanza. —El anciano dejó escapar un imperceptible suspiro. Hizo una pausa y prosiguió—: Hoy es un gran día para mí. Ahora ya puedo morir tranquilo porque sé que nuestro mundo no perecerá.

—¿Quién habla de morir? —exclamó Yandot—. Ahora que probablemente hemos encontrado lo que con tanta ansia buscábamos, debes mostrarte entero y saber aguardar el momento de regresar a nuestro Tacom, vencedores y con la grata noticia de que hemos hallado un nuevo mundo habitable.

—Mis días están contados, joven Yandot. ¿Supones que no sé

que ninguno de los que partimos con el gran Jumwha regresará vivo a Tacom? Sois vosotros, los hijos del jeddad, quienes debéis regresar para evitar que nuestra civilización se extinga. Sois pocos para conseguirlo, pero si existen habitantes en ese mundo de que me hablas, deberás encontrar en ellos el apoyo necesario para el viaje de retorno. —El anciano se incorporó levemente en su lecho —: Quiero ver por el telescopio ese mundo semejante a Tacom.

Yandot se aproximó a la pared de la cámara y accionó varios conmutadores. Un lienzo se corrió dejando ver una pantalla de televisión. El joven manejó los mandos unos instantes y la pantalla se iluminó apareciendo un rostro tan arrugado como el de Vertex.

—Aquí, sala de derrota.

Yandot transmitió los deseos del jeddad. Inmediatamente el rostro desapareció de la pantalla, siendo sustituido por una maravillosa visión en colores del planeta Saturno, ofreciendo dos espectáculos sorprendentes. Además de diez satélites que revoloteaban por su cielo, presentaba el singular encanto de sus famosos anillos.

Ante la muda mirada de Vertex, Yandot se apresuró a explicar:

—Hemos rebasado la órbita de este planeta. Esos tres anillos que se ven tienen un espesor de cuarenta kilómetros. Estamos colocados a unos 40° de latitud.

El anciano volvió a mirar a la pantalla. Veía los anillos cual ingentes arcos luminosos en los que proyectaba el planeta su propia sombra y a través de los cuales podían verse varios de sus satélites... Debían encontrarse a más de diez millones de kilómetros de la aeronave.

El espectáculo cambió repentinamente apareciendo un nuevo planeta. Su aspecto, visto por el telescopio, se presentaba como veteado, a uno y otro lado del ecuador, de grandes franjas paralelas grises, coloradas y blancas; pero el encanto mayor de este planeta era, indudablemente, su cielo.

—Penetraremos en la órbita de este planeta dentro de poco —explicó Yandot—. Por las noches se ven revolotear a su alrededor doce satélites que le dan un aspecto de fantasía a su firmamento. Hemos calculado en 778 millones de kilómetros la distancia que le separa del sol. A causa de sus descomunales dimensiones, no ha tenido tiempo para su completa evolución y, a pesar de ser mucho más viejo que nuestro Tacom, se encuentra en un período geológico primordial, falto de solidez y como en estado pastoso y semifluido. No es nada probable que exista vida en este planeta, por la baja temperatura dominante que llega hasta 130 grados bajo cero,

además de poseer una atmósfera mefítica llena de metano y amoníaco sin oxígeno y sin ácido carbónico.

Nuevamente la visión, de la pantalla se transformó y ante los ojos emocionados de Vertex surgió el espectáculo de Marte, sanguinoso, rutilante, encendido en sus rojizos resplandores... La primera impresión que, visto desde lejos, causaba, era la de un disco terminado en sus polos por un casquete blanco y resplandeciente, señalado todo lo restante con manchas oscuras de un gris ligeramente azulado, y de regiones claras, amarillentas, algo rojizas o anaranjadas.

—Esos casquetes de referencia —dijo innecesariamente Yandot — son una inmensa aglomeración de nieves y hielos, depositada en cada uno de los polos del planeta. Las regiones claras y rojizas resultan ser continentes o relieves semejantes a los de Tacom... y lo que parecen manchas, no son sino verdaderos mares. Como ves, éstos ofrecen una tendencia muy marcada a formar golfos o bahías puntiagudos, de oscuridad ascendente hacia la extremidad de las mismas que, en varios sitios, suelen alargarse en forma de bandas más o menos anchas. Aunque la vida nos resultaría más benigna que en Tacom, lo hemos eliminado de nuestra ruta para descender en otro planeta seis veces mayor, donde las condiciones de vida son idénticas a las del antiguo Tacom antes de que éste empezara a enfriarse.

El telescopio había enfocado hacia otro planeta.

—Ése es el que hemos elegido, oh, gran jeddad.

Los ojillos del anciano Vertex se clavaron con suprema delectación en la pantalla. La meta soñada presentaba los más variados y alegres colores. La parte de los mares se veía con intensos resplandores azules, los de la tierra eran rojizos y dorados; los de los grandes bosques, verdes; una gran mancha semejaba un reverbero...

—Estamos a 750 millones de kilómetros de ese planeta. Tenemos la completa seguridad de que está habitado, aunque ignoramos todavía el grado de su civilización.

A un gesto de Vertex, Yandot cerró el conmutador de la televisión, dejando a oscuras la pantalla. El anciano se reclinó sobre los almohadones y entornó los ojos.

Adivinando los deseos del jeddad de quedarse solo con sus recuerdos, Yandot salió silenciosamente de la cámara, tras llevarse la mano derecha al pecho en señal de respetuoso saludo.

Como una gigantesca esfera voladora el *Kipsedón* devoraba raudo y febril los profundos abismos siderales, recto como una saeta

fulmínea hacia la Tierra.

En su seno navegaban varios centenares de tripulantes de semblantes apergaminados y cuerpos envejecidos. Sus rodillas temblaban de debilidad; sus hombros estaban arqueados por la decrepitud; su piel arrugada se estremecía al menor soplo; su voz era baja y rota; de sus ojos brotaban las lágrimas brillantes de la vejez y sus cabellos grises flotaban en los corredores circulares del *Kipsedón*.

Sin embargo, nunca en toda la historia de la Tierra peligro mayor y más amenazador descendería de los cielos. Nadie podía adivinar que navegando a velocidades prodigiosas por la órbita de Júpiter se aproximaba al planeta Tierra una gigantesca astronave que representaba el sordo peligro de una amenaza sombría y nefasta para el futuro de la civilización y vida terrestre.

CAPÍTULO II

SEÑALES MISTERIOSAS

Acababa de terminarse la instalación de las primeras estaciones de radar de la cadena o barrera tendida a través de la parte septentrional del continente americano, de Alaska a Groenlandia. Estas estaciones, alineadas en arco de círculo a unos 1.900 kilómetros aproximadamente del Polo Norte, estaban destinadas a dar la alerta, con una antelación de seis horas, en caso de ataques aéreos por aviones enemigos que fueran procedentes del norte.

Las primeras estaciones experimentales de esta cadena (bautizada con el nombre de *Distant Farly Warning Line;* Línea Avanzada de Alarma Previa) habían sido instaladas en las proximidades de la isla de Barter, en Alaska. El equipo detector, de concepción enteramente nueva, había sido estudiado por técnicos del Laboratorio Lincoln del Instituto de Tecnología de Massachussets, al amparo del *Proyecto Lincoln*, el reciente y profundo estudio científico en que se determinaban los medios de que disponía América para sobrevivir a una guerra atómica. Al revés de lo que ocurría con las instalaciones de radar de la pasada guerra, la nueva cadena que acababa de montarse funcionaba automáticamente, sin exigir servidor u operador alguno, emitiendo señales tan pronto como detectaba la Presencia de aviones enemigos.

La base de Thule, en Groenlandia, que había entrado en servicio recientemente, fue la primera en advertir las señales misteriosas que emitía una de las estaciones automáticas situada al norte del Canadá, cerca de Bathurts.

El capitán Derek Bedford examinó los instrumentos, que parecían haberse vuelto locos, y se rascó la coronilla completamente incrédulo. El cabo Jim Shandon que operaba con la radio miró a su superior y rezongó:

—Me parece, señor, que el nuevo sistema de alarma previa está resultando una fracaso. Diez mil kilómetros por hora. Esos aparatos deben estar estropeados.

—Puede tratarse de un proyectil cohete —comentó el capitán—. Ponme con el general.

Establecida la comunicación, Derek Bedford habló con voz serena, porque estaba muy lejos de imaginar la verdad de aquellas emisiones.

—¡Sí, mi general! Diez mil kilómetros a la hora. Primero recibimos las señales de la estación de Barter y seis minutos después las de Fort Mac Pherson…

—¿…?

—No, mi general. De Fort Hope no hemos recibido ninguna señal. ¿Que me ponga en contacto con la base canadiense de Goose Bay…? Sí, mi general… Opino como usted… Un proyectil cohete…

—¿…?

—Radiaré lo ocurrido a las bases de Blue West 1 y Blue West 8. Perfectamente, mi general… A sus órdenes, mi general…

Bedford colgó el auricular y se volvió al radiotelegrafista.

—Ya has oído, Jim —le dijo—. Comunica con Narsassuak y Sandreston, a ver qué saben de todo esto.

Mientras el radiotelegrafista se apresuraba a obedecer, Bedford se inclinó sobre el teletipo, que funcionaba a ritmo acelerado. Leyó el mensaje:

> **Aparatos de radar dan cuenta de misterioso proyectil cohete caído en el Polo Norte. Estaciones emisoras de la D. E. W. L. señalan ruta Alaska-Océano Glacial Ártico-Norte Groenlandia. Aparatos registradores indican presencia de una gran fuerza magnética. Pedimos comprobación de observaciones realizadas. Base Blue West 1 (Narsassuak).**

Bedford se volvió hacia el radiotelegrafista.

—Cuando consigas comunicar con Base 1, acusa recibo de mensaje y los mismos resultados de observación, Jim. ¿Dónde diablos se ha metido la gente?

El cabo abrió los ojos sorprendido.

—¿No lo sabe, mi capitán? —exclamé—. Los muchachos están celebrando la Fiesta de la Independencia. Yo tuve mala suerte, pero dentro de una hora me relevarán.

Derek Bedford soltó un gruñido de asentimiento. En realidad había olvidado la fiesta a causa de aquel misterioso fenómeno. Durante unos minutos vaciló en interrumpir la alegría de los soldados. ¿Valía la pena hacerlo? ¿Qué pruebas había de que se tratara de un proyectil cohete? Ninguna. Pero todas las estaciones habían detectado un objeto volando a velocidades escalofriantes, y aquel objeto cayó en el Polo Norte. No se habían registrado los ecos de ninguna explosión. El sismógrafo descartaba la posibilidad de un

meteorito, a no ser que se tratase de un meteorito de pequeñas proporciones tragado bajo las capas de hielo.

Las estaciones emisoras cesaron de transmitir señales casi enseguida. ¿No habría sido un fenómeno atmosférico? Por su mente pasó la idea peregrina de uno de aquellos platillos volantes, tan misteriosos, de los que tanto se hablaba en los últimos tiempos. Sonrió a su pesar. ¡A veces se le ocurría cada cosa...!

La entrada del sargento John Garry cortó en seco su sonrisa. Por su aspecto el sargento parecía verdaderamente preocupado. Pero Derek sabía que cuando John Garry estaba serio más feliz era en su interior.

El sargento, un neoyorquino amante de las peleas y de la bebida, lanzó una mirada de disgusto a los aparatos dispersos por la sala y gruñó:

—Hace una noche espléndida, señor. Si quiere usted gozar de la fiesta asómese al barracón de los muchachos. ¡Vaya jarana que están armando!

—Todos debieran estar en su sitio, sargento —reconvino Bedford —. Hay demasiado para Jim solo.

—Los muchachos vendrán dentro de un rato, señor —les disculpó John Garry—. Teniendo en cuenta que hoy es un día extraordinario en estas latitudes...

—No quiero enturbiar su alegría, sargento. Pero ordene al turno de guardia que ocupe sus puestos inmediatamente.

—No les gustará —murmuró John Garry, descolgando el teléfono—. ¿Eres tú, Bukson? —exclamó—. Bien. Di a los muchachos que se vengan para acá a continuar la juerga en la torre de radar. Orden del capitán.

El sargento colgó el auricular.

—Tenga cuidado, Garry —dijo Bedford—. Queda usted responsable de todo lo que pueda pasar durante mi ausencia. Me voy a descansar un rato.

—Perdone, señor. ¿No quiere echar un trago con nosotros?

—En otro momento. Ahora no.

El sargento se sacó del bolsillo de su capote una botella aplanada.

—Whisky escocés —dijo—. Del mejor. Me lo envía mi hermano que tiene una taberna en Long Island. ¿Quiere probarlo?

Derek sonrió comprensivamente. Cogió la botella y echó un buen trago. Luego salió de la estación de radar, cruzándose con un grupo de soldados que llegaban cantando a voz de trueno. Hubo un general movimiento de brazos y una paralización súbita de

gargantas, hasta que el capitán se perdió entre las construcciones de madera y aluminio de la base.

Derek Bedford andaba deprisa, midiendo el terreno a grandes zancadas. En la Academia Militar del Aire había ganado tres veces consecutivas la carrera de la milla. Siempre había dicho que lograría todo cuanto se propusiera. Fue al final de su última victoria cuando conoció a Lanca Hoppel, la hija del célebre profesor Joseph Augustus Hoppel, del Observatorio de Monte Palomar (California). Se enamoró perdidamente de ella, pero no tuvo ocasión ni tiempo para intimar, ya que fue trasladado a la base de Fort Worth (Texas). En un baile volvió a tropezar con ella. Lanca le recordó. Salieron juntos algunos días hasta que, de pronto, Lanca desapareció sin dejar el menor rastro. A los pocos días recibía una carta fechada en Los Angeles. Se escribieron y Derek se declaró.

Recordó con nostalgia aquellos días. Lanca accedió a casarse con él. Fue a Los Angeles. Conoció al profesor Hoppel. Tres días después contraía matrimonio con la joven. Los primeros meses de casados jamás podría olvidarlos. Transcurrieron en una felicidad mutua. Pero luego las cosas cambiaron incomprensiblemente. Discutieron, volvieron a hacer las paces y tornaron a discutir, y así una vez y otra. Lanca no se avenía a los continuos desplazamientos impuestos por razón de su cargo. Le echó en cara repetidas veces que no era aquella vida la que ella deseaba. Quería tener una casa, un hogar propio, hijos que cuidar y no ir siempre deambulando de una parte a otra. Así pasaron dos años. Un día discutieron más vivamente. Derek acudió a la base más enfurecido que de costumbre. Al regresar a su casa, Lanca había desaparecido, llevándose sus efectos personales. Le dejó una nota explicándole que no podía continuar a su lado por más tiempo y que se iba a Los Angeles con su padre. Derek esperó en vano que Lanca recapacitase y volviera a Fort Worth. Lanca no pidió el divorcio. Tampoco Derek dio ningún paso para conseguirlo, pero a pesar de todo continuaba queriendo a su mujer.

Derek era tozudo. Toda su vida lo había sido. Pasaron los meses sin que ninguno de los dos diera señales de vida, uno respecto del otro. Por su hermano, que vivía en Los Ángeles, tenía Derek algunas noticias de su esposa. Sabía, de este modo, que Lanca ayudaba a su padre en el trabajo del Observatorio.

Comprendiendo que aquella situación no podía eternizarse, Derek pidió el destino a la base de Thule, en Groenlandia, comunicándoselo a su hermano con la seguridad de que la noticia llegaría a los oídos de Lanca. Llevaba en Thule tres meses y hacía

nueve que no veía a su mujer. La necesitaba, pero su orgullo le impedía dar los pasos necesarios para la reconciliación.

De pronto se dejó oír un silbido ensordecedor. Era un silbido que sugería la vertiginosa carrera de un cuerpo y le sucedió un estruendo prolongado, que aumentaba, aumentaba hasta poner espanto en el ánimo. Poco a poco disminuyó de volumen y se apagó como si se perdiera en la lejanía.

A la primera nota Derek hizo alto, abrió mucho los ojos sorprendido. Escudriñó el espacio y creyó divisar… ¿qué? Lo ignoraba en realidad. Quizá fuera un surco borroso que pareció cruzar la bóveda celeste hasta fundirse en ella. Pero desde luego, no se trataba de una estela luminosa.

Casi simultáneamente las luces de la base se apagaron. Todo quedó envuelto en la oscuridad más profunda. Derek creyó que habría sido el jefe de la base quien ordenara aquel súbito apagón, pero los soldados y los aviadores salieron corriendo de los barracones, de las salas y de los dormitorios hablando a gritos entre sí.

Sin detenerse a reflexionar, el capitán giró sobre sus talones y se encaminó hacia la torre de radar. Las luces del campo se volvieron a encender. Derek entró en la torre que dejara minutos antes en manos del sargento Garry.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Derek al ver la excitación que reinaba entre los soldados.

—A los pocos segundos de salir usted —contestó el suboficial— detectamos la presencia de un aparado volando a velocidades supersónicas. En un par de minutos se presentó sobre la base. Desde luego, no es ninguno de nuestros aparatos. ¡Volaba a cinco mil kilómetros por hora! Y no es esto todo, señor. El avión de transporte que venía del Canadá ha dejado de improviso de contestar a nuestras señales.

—¿Qué rumbo tomó el avión, o lo que fuera, que pasó sobre la base? —inquirió Derek.

—Marchaba recto hacia el sudoeste.

—Avise inmediatamente a Base Blue West. Y póngame con el general.

Cuando Derek Bedford tomó el auricular para dar parte de lo ocurrido al jefe de la base de Thule, estaba muy lejos de imaginar la verdad. Si Derek o cualquiera de los jefes de la base hubiera adivinado la procedencia de aquellos objetos que cruzaban los cielos árticos a velocidades increíbles, muy otro hubiera podido ser el destino de unos hombres que en aquellos momentos sufrían en un

campo de concentración ruso enclavado en las costas del norte de Siberia. Y también muy otro hubiese sido el destino del capitán Derek y de varios pilotos americanos. Pero nadie pudo impedir los sucesos que, a partir del instante en que la estación de Barter, en Alaska, empezó a emitir extrañas señales, se desencadenaron alrededor del círculo polar Ártico y que iban a tener honda repercusión en el mundo entero.

* * *

Eran las once de la mañana. Dudinka, en la Siberia septentrional, era una extensión de nieve deslumbradora. El cielo parecía una enorme cúpula de color azul claro, en la que resplandecía un sol frío. El termómetro señalaba 35 grados bajo cero.

El gigantesco TuG-75 (Tipo 31), llamado el *bombardero de América*, equipado con seis turborreactores que le proporcionaban una velocidad de crucero de más de 500 millas por hora (800 kilómetros), se elevó rápidamente del aeródromo utilizado por el Comando Estratégico Aéreo, con todas sus instalaciones subterráneas. Las planchas metálicas resplandecieron a la luz del sol. Los sirvientes de la base rusa vieron desaparecer en la distancia al enorme bombardero, efectuando un vuelo de prácticas.

Sergio Yemeneff, el comandante del TuG-75, habló suavemente. Su boca proyectó un vapor blanquecino y las palabras que enunció fueron captadas por el copiloto, que corrió una de las ventanillas laterales por donde hasta aquel momento había penetrado un aire en extremo gélido y desagradable.

Los quince hombres de la tripulación ocupaban sus sitios respectivos en el aparato. Pilotos, navegador, radiotelegrafista, lanzadores y artilleros vestían chaquetones felpudos y calzones de piel de gamo, de mucho abrigo. Calzaban gruesas botas de piel de foca y abrigaban sus manos con unos mitones forrados de lana y piel.

Sergio protegía sus ojos, de color azul pálido, con unas gafas para la nieve, de tono verde oscuro. Instintivamente, accionó el volante de dirección.

El TuG-75 se elevaba rápidamente. Su proa, esbelta y puntiaguda, giró hacia el Norte. Pasó sobre Korevoks, Markovo y, poco después, dejaba atrás las islas Piasina. A oriente quedaba la península de Taimir y hacia el Norte la isla de la Sociedad y la tierra de Nicolás II. Volando sobre las capas de hielo, una tempestad de nieve cegadora, impulsada por fuerte viento, atacó al

bombardero al tiempo que unas negras nubes acudían al encuentro del aparato, de tal manera que el cielo y la nieve quedaron ocultos por completo.

Sergio se elevó hasta 20.000 pies. El radiotelegrafista expedía constantes mensajes por la radio. El comandante Yemeneff consultó su reloj e hizo un gesto a su copiloto, quien se limitó a inclinar la cabeza.

El potente bombardero moscovita ascendió aún más. La niebla, la tempestad y las nubes quedaron atrás.

Sergio miró hacia abajo con objeto de cerciorarse de que volaban por encima de la banca de hielo cortada a frecuentes intervalos por algunos canales. El cielo estaba claro y debía hacer mucho frío. Los turborreactores continuaban funcionando perfectamente, pero empezó a formarse hielo sobre las alas y aun en la superestructura del aparato. Sergio se limitó a dar una orden por el teléfono interior.

El radiotelegrafista se inclinó sobre sus instrumentos y en su rostro juvenil se advertía cierta preocupación y ansiedad. En sus mejillas había dos manchas de color rojizo y sus ojos se dirigían alternativamente a las esferas que tenía delante y a la pantalla de radar que había a su derecha. Habló por el teléfono, pero no consiguió hacerse oír por el comandante. Visiblemente nervioso, dejó los auriculares a un lado, se levantó y se dirigió a la cabina de los pilotos. Tocó en el hombro a Yemeneff.

—Algo pasa, mi comandante —dijo con un nudo en la garganta —. La radio y el teléfono han dejado súbitamente de funcionar. He captado un eco en la pantalla de radar.

El copiloto elevó pálido, a su vez, la voz:

—Fíjese en los instrumentos de a bordo, mi comandante. ¡Debo estar loco!

Sergio advirtió impresionado que todas las agujas indicadoras oscilaban terriblemente de un lado a otro. La misma aguja imantada de la brújula había dejado de señalar hacia el norte para sufrir una desviación de 35°.

De pronto, el radiotelegrafista gritó aterrado:

—¿Qué... qué es eso?

Sergio y el copiloto miraron hacia donde señalaba el muchacho y palidecieron horriblemente. Enfrente de ellos, como a una distancia de media milla, se hallaba, completamente inmóvil en el cielo, la aparición más prodigiosa que contemplaron jamás sus ojos.

Sergio agarró fuertemente el volante y tiró de él. El TuG-75 no respondió a los mandos. El copiloto se echó hacia atrás boquiabierto

y extraviados los ojos.

—¡Algo... algo... nos arrastra...! —chilló Sergio Yemeneff—. ¡Nos ha cogido... los mandos no responden...! ¡Vamos a chocar...!

Se levantaron de sus asientos, en un intento desesperado por arrojarse al espacio en paracaídas. Demasiado tarde...

El TuG-75 se arrojó a enorme velocidad sobre aquel gigantesco disco opaco, de color vítreo, inmóvil en el aire...

El bombardero moscovita chocó con terrible estruendo... Se arrugó el casco como si fuera un acordeón. Se oyeron roncos gritos de terror y el lado de la cabina se rompió como si fuese una cáscara de huevo. El comandante Yemeneff fue arrojado, dando vueltas, contra aquella abertura y desapareció dando horribles chillidos.

El TuG-75 se estremeció, y luego se cayó. Tres minutos más tarde resonó una formidable explosión y una gran columna de humo y de llamas se elevó del lugar donde cayera el avión. El humo rodeó con sus anillos el opaco artefacto de forma casi esférica...

CAPÍTULO III

EL HOMBRE ROJO

Fue de lamentar que nadie adivinara la verdad acerca de la presencia de aquel hombre vagando solitario por la estepa siberiana. Un mundo prevenido tal vez hubiera podido hacer frente a aquel peligro, pero ¿cómo iban a sospechar que se tratara de un ser de otro planeta? Cierto que físicamente no se diferenciaba mucho de los terrestres y bien se le podía tomar por un producto extraño de la Mongolia o del Turquestán; pero debieron advertir en su rostro, en sus ojos, una llama de astucia, de inteligencia, que descartaba inmediatamente la designación de bestia, de hombre imbécil, calificativos que le aplicaron en el juicio que se le siguió en la ciudad de Omsk. Había aparecido inexplicablemente cerca de un campo militar de instrucción. Estuvo unos momentos parado contemplando las evoluciones de un pelotón de soldados hasta que llamó la atención del centinela que le ordenó que se alejara de allí.

Yandot miró al centinela impasible, comprendiendo la orden, pero no se movió de donde estaba. Deseaba conocer las reacciones de aquellos hombres primitivos que todavía empleaban armas parecidas a las que Tacom había desterrado hacía mil años. No comprendía aquel idioma brusco y tajante, pero tampoco el cerebro de aquellas criaturas resistían el choque de su poder avasallador.

Yandot había salido a recorrer aquel país, solo, sin ninguna clase de armas, vistiendo los harapos de un campesino que todavía se estaría preguntando de dónde había surgido aquella especie de energúmeno. Vio poco después un objeto de forma ahusada, sin brillo, cruzar raudo el espacio, pero no le concedió importancia ni lo relacionó con el ladrón de sus ropas.

El centinela volvió a gritar en aquel idioma restallante y sonoro, y al no hacerle caso, se le acercó amenazador, blandiendo su fusil, dispuesto a golpear. Yandot no se lo permitió. De un manotazo desvió la culata y descargó su puño contra la barbilla del ruso, que cayó rodando por el suelo, dando gritos de alarma y soltando maldiciones.

Yandot echó a correr, alejándose de aquel lugar. El centinela se incorporó y, empuñando su fusil, empezó a disparar rabiosamente, al tiempo que delante de Yandot aparecían varios soldados que percatados de lo ocurrido se lanzaron contra el tacomis. Una bala alcanzó a Yandot en la pantorrilla derribándole en tierra.

Inmediatamente se incorporó golpeando con furia a los soldados que se abatían sobre él.

El tacomis tenía una fuerza poco común. Movía los brazos como aspas de molino y a cada golpe hacía rodar a un enemigo por el polvo. Hubiera acabado con todos los hombres que le atacaban si no hubiesen intervenido los soldados que evolucionaban en el campo de instrucción a las órdenes de un sargento. Abrumado por la superioridad numérica, Yandot, rápidamente, fue reducido a la impotencia.

El sargento ordenó que lo llevaran a un retén donde fue enfrentado a un impasible capitán, quien tras formular una serie de preguntas, ninguna contestada, mandó que lo encerraran en un calabozo. Dos días más tarde comparecía ante un tribunal militar que lo condenaba a trabajos forzados por espía, indocumentado y saboteador.

Fuera como fuese, Yandot no tenía el aspecto de lo que era, por lo menos racionalmente era imposible adivinarlo. Parecía un poeta de alma gentil con una larga melena de cabellos lacios y oscuros, una frente despejada y un par de ojos hundidos en medio de un rostro cobrizo. Era muy alto y sumamente delgado y sus dedos, en particular, eran tan largos y delgados que tenían el tamaño de la mano de un hombre ordinario.

Yandot fue mandado al campo de prisioneros de Sibiriakof, una isla situada al norte de la desembocadura del río Yenisei. Centenares de millas de hielo y tundra infranqueables yacían al Sur. Al Norte se hallaban el Océano Ártico y el Polo. Una vez cada tres meses, un rompehielos llegaba a la colonia de prisioneros con alimentos y una nueva remesa de presos.

Nadie había escapado nunca del campamento. El rompehielos llevó a Yandot a la isla y regresó a su base, en Markovo.

Los rusos habían escogido la isla de Sibiriakof como lugar apropiado para la construcción de una base de submarinos, de una estación de radar y de un aeródromo con instalaciones subterráneas. Al frente de la base se encontraba el camarada Nerensky y dirigían las obras dos ingenieros especializados. Aparte de algunos técnicos y empleados, el resto de la mano de obra lo integraban ciento veinte prisioneros de distintas nacionalidades. Había alemanes, búlgaros, rumanos, finlandeses, japoneses, polacos, rusos blancos e incluso mogoles. Unos se hallaban allí desde mucho antes de terminar la Segunda Guerra Mundial. Otros por motivos políticos y los menos por crímenes contra el Estado o las personas.

La vida en la isla, verdadero campo de concentración, era muy

dura. Los prisioneros trabajaban desde la mañana a la noche, cuando no en las largas temporadas de las noches árticas, recibiendo en compensación una comida miserable y alguno que otro latigazo propinado por los capataces, esbirros complacientes del director Nerensky. La guarnición de la isla y la vigilancia de las prisiones corría a cargo de una sección de veinte soldados bajo el mando de un teniente.

Dos mujeres, rusa una y ucraniana la otra, constituían toda la población femenina de la isla. Ambas se encontraban allí en calidad de presas. La rusa, de nombre Niva, había dejado atrás los treinta años. Tenía el cabello dorado y verdes los ojos. Nadie sabía gran cosa de ella. Hablaba varios idiomas a la perfección y se comentaba entre los prisioneros que era la viuda de un célebre personaje moscovita caído en desgracia y liquidado posteriormente. En su porte se advertía distinción y pese a vestir burdos ropajes se adivinaba bajo ellos un cuerpo bien formado que las privaciones no habían logrado destruir.

Trabajaba como cocinera y se encargaba de la limpieza de la casa del director.

Olga Fedorova, la ucraniana, aún no había cumplido los veinticinco años, a juzgar por la juventud que se reflejaba en su rostro. Era muy bella, pero la escasa alimentación y el duro clima de aquellas regiones parecían ir marchitando rápidamente su belleza. Estaba muy delgada y su rostro, enmarcado por un cabello negrísimo, aparecía siempre pálido con dos pequeñas rosas en las mejillas. La tuberculosis había hecho presa fácil en su débil naturaleza. A la llegada de Yandot, yacía en su cabaña, que compartía con Niva, tras una fuerte hemoptisis que la debilitó aún más de lo que estaba.

Yandot fue agregado a la brigada encargada de la construcción de la pista aérea. Vestido parcamente contra el frío que se hacía sentir, el tacomis tenía la fuerza de cuatro hombres; sus músculos ganaron la admiración de los guardianes y su persistente mutismo despertó la curiosidad de sus compañeros de infortunio. Se le llamaba el Hombre Rojo, por el color de su piel y por este nombre le conocieron no sólo los prisioneros, sino también los soldados y hasta el propio Nerensky, informado de la valía de aquel extraño sujeto que nunca protestaba de nada.

Poco a poco fueron advirtiendo que una extraña sugestión se desprendía de aquel fantástico ser, siempre impertérrito y silencioso. El Hombre Rojo apenas comía, apenas bebía; trabajaba más que nadie y, sin embargo, se mantenía tan fuerte como el

primer día. Nadie se explicaba aquel portentoso poder de resistencia.

Yandot lo miraba todo; sus ojos agudos se percataban de la situación reinante en la isla, recogiendo en su cerebro los pensamientos de todos aquellos hombres, tratados peor que bestias, esclavizados y aterrorizados ante las arbitrariedades de Nerensky y de los capataces; se daba cuenta claramente de las ansias de libertad de los condenados, vivía sus momentos de angustia y simpatizaba abiertamente con ellos.

Tres prisioneros destacaban sobre todos los demás: Karl Müller, antiguo oficial de la Whermacht alemana, de fuerte complexión, pelo castaño claro y ojos grises. Foldvar, el húngaro, ingeniero de minas, de pequeña estatura, pelo negro y revuelto y ojos ligeramente oblicuos. Y finalmente, Dimitri Kazan, un ruso blanco de mirada astuta. Había algo sádico en la naturaleza de Kazan… le gustaba destrozar. Él quiso destruir el Gobierno soviético, pero no le habían enviado al campamento a causa de eso, sino por haber matado a un hombre cuya esposa y cuyo dinero codiciaba.

Kazan tenía un aspecto bestial, pero no dejaba de poseer cierta inteligencia. Estaba en buenas relaciones con el director del campo, y, contrariamente a lo que era de esperar, también con los demás prisioneros, especialmente con el húngaro.

Era el único que se había atrevido a dirigirle la palabra a Yandot. Pero éste se había limitado a mover lentamente la cabeza, negando.

Mientras hacían funcionar unos taladros mecánicos, Müller y Foldvar comentaban lo que Kazan les había dicho poco antes.

—Olga está muy enferma —decía el húngaro—. La enfermedad ha hecho muchos progresos y el médico choca con la obstinación de la ucraniana que no siente ningún deseo de vivir.

—¡Pobre Olga! —exclamó el alemán—. Este infierno acabará con todos nosotros. Es rara la semana que no enferman cuatro o cinco hombres. De continuar así, cuando venga el buque no quedará uno en pie.

—¡Ya lo creo que quedaremos! Nerensky aumentará, como ha hecho otras veces, las raciones de comida. Antes de perder un trabajador más al que poder esclavizar, es capaz de pegarse un tiro. Pero siento lo de Olga, Müller. ¡Si pudiéramos hacer algo por ella!

—Nada se puede hacer. Sólo si lográsemos escapar… ¡Bah…! Eso es imposible. Mejor es no pensar en nada, de lo contrario uno corre el peligro de volverse loco.

—Pues Kazan tiene en perspectiva un proyecto —dijo el húngaro

en voz muy baja.

—Más de uno tengo yo en la cabeza —replicó el alemán—. Llevo siete años en esta maldita isla y la conozco palmo a palmo. Sólo existe una salida viable: el rompehielos. Todo lo demás es perder el tiempo.

Ninguno de los dos hombres advirtió que el Hombre Rojo había estado suficientemente cerca para escuchar sus palabras. Los ojos de Yandot brillaron con extraño fulgor…

Aquella noche, mientras el campamento descansaba de sus fatigas y los soldados, fusil al hombro, se paseaban alrededor de los barracones de los prisioneros, una sombra se deslizó pegada a la pared del taller donde se guardaba la maquinaria. Poco después pasó por detrás de un centinela, sin que éste se percatara de nada, y avanzó, bajo la nítida luz de las estrellas árticas, hasta una pequeña cabaña, a través de cuyas ventanas salían unos chorros de luz.

Niva se volvió al oír un ruido en la puerta. Olga se agitaba inquieta en su camastro, murmurando palabras ininteligibles. Sólo la primera vio en el umbral la imponente figura del hombre rojo.

Yandot cerró la puerta tras sus espaldas y Niva retrocedió asustada.

—¿Qué quieres…? —tartamudeó la mujer—. ¿No sabes que está prohibido entrar en esta cabaña?

Yandot avanzó una de sus largas manos haciendo un gesto amistoso.

—Tranquilízate, mujer —dijo en un ruso gutural, pero bastante perfecto—. Quiero ver a Olga. Tengo un remedio que la curará.

Tal vez fue su gesto amistoso, o la sorpresa que dominó a Niva, o quizás las palabras tranquilizadoras de Yandot, el caso es que la rusa se hizo a un lado, evidentemente impresionada.

El tacomis se inclinó sobre el camastro donde yacía Olga. Sus ojos examinaron con atención la figura de la enferma; luego, la auscultó con suma delicadeza, percutiendo sobre su pecho con sus largos dedos.

El hombre rojo soltó un gruñido. De un bolsillo extrajo una jeringuilla de color azulado, la llenó con el líquido contenido en una ampolla de cristal e inyectó en el brazo de Olga. Con la misma jeringuilla volvió a repetir la operación, inyectando esta vez en la espalda. A los diez segundos, la respiración de la enferma ya no era tan agitada.

El extraño personaje se incorporó. La jeringuilla y las ampollas habían desaparecido de la vista. En la palma de la mano derecha se veía una cajita de cristal transparente repleta de píldoras ovaladas.

—Toma —dijo el hombre rojo con su extraña voz—. Dale un comprimido cada cuatro horas. Olga se pondrá bien. No hables de mi visita a nadie. Todos deben ignorar que el hombre rojo ha salvado a Olga.

Niva cogió la cajita que le tendía el gigante, y antes de que tuviera tiempo de expresar las gracias o de hacer alguna pregunta, Yandot abrió la puerta y desapareció en la oscuridad del exterior.

* * *

La noticia corrió como una exhalación de boca en boca. Olga Fedorova, que quince días antes estaba en los umbrales de la muerte, se había recobrado milagrosamente, y según dictamen médico no había el menor rastro de la terrible enfermedad.

Niva no dijo una sola palabra a nadie de la misteriosa visita del hombre rojo. Tampoco Olga comentó la causa de su sorprendente curación. Y, sin embargo, entre los prisioneros circulaba el rumor de que había sido el hombre rojo el salvador de la ucraniana. El rumor partió de Mihaly el polaco, que dormía en el camastro vecino al de Yandot. Había visto salir incomprensiblemente del barracón al gigante. ¿Cómo era posible aquello si la puerta del barracón se sujetaba con una cadena por el exterior? Luego lo vio entrar, como una sombra, sin producir el más leve ruido.

El polaco habló más tarde con Kazan, Müller y el húngaro. Kazan se acarició sus hirsutas barbas y comentó:

—Me gustaría saber quién es en realidad ese hombre rojo. No me extrañaría descubrir que es uno de esos monjes de poderes sobrenaturales que habitan en la Mongolia y en el Tibet. Si es verdad que tiene medios para salir sin dificultad del barracón, creo conveniente buscar una especie de alianza con él.

Los otros tres prisioneros asintieron con las cabezas.

Durante el transcurso de los días siguientes, los cuatro hombres intentaron entablar conversación con el hombre rojo empleando el repertorio de idiomas que entre los cuatro conocían. El gigante movía una y otra vez, en silencio, la cabeza. Convencidos de que no había forma de entenderse con él, los prisioneros desistieron de sus esfuerzos, concentrándolos únicamente en la idea de escapar de la isla.

Una mañana en que un violento temporal de nieve impidió salir a los trabajadores de sus cabañas, Kart Müller hizo una seña disimulada al húngaro y al polaco, reuniéndose los tres junto al camastro que ocupaba Müller en un rincón.

Karl se inclinó ligeramente hacia adelante y tras echar una

ojeada a su alrededor, murmuró en voz tan baja que sólo sus compañeros le oyeron:

—Dentro de quince días viene de nuevo el rompehielos. ¿Estáis dispuestos a seguirme?

—Estoy dispuesto a todo antes que ser enterrado en este maldito lugar —exclamó, con acento en el que vibraba el odio, Mihaly el polaco—. Pero será preciso apoderamos de algunas armas.

—Kazan nos las proporcionará —manifestó Foldvar el húngaro.

—¿Estás seguro de que no nos traicionará a ese perro de Nerensky? —quiso saber Müller—. Nuestro intento de fuga es descabellado y podría ser que alguien se sintiera atraído por la recompensa que Nerensky daría a quien fuera con el cuento del plan de fuga. Por eso no quiero decir nada a los demás presos hasta que llegue el día. Pero me preocupa Kazan. Le gusta demasiado jugar con dos barajas.

—Respondo por él —manifestó el húngaro—. No hay nadie en todo el campamento que odie tanto a Nerensky como Dimitri Kazan. Éste es muy astuto...

Kart Müller le impuso silencio con hosco ademán. Todos levantaron la vista, encontrándose ante la mirada penetrante del hombre rojo.

—Lárgate —masculló entre dientes el ex oficial alemán.

El gigante no se movió. Y los tres hombres empezaron a sentirse nerviosos bajo aquella mirada que parecía penetrar hasta el rincón más apartado de su cerebro.

—¿No has oído? —volvió a gruñir Müller—. ¡Vete a curiosear por otra parte!

Los labios del extraño personaje se abrieron levemente. Durante la fracción de un segundo una sonrisa pareció bailotear en ellos, mas ninguno de los tres hombres lo advirtió. Una voz gutural, profunda, brotó de la garganta del hombre rojo. Los labios modularon unas palabras en ruso, idioma que empleaban los prisioneros para entenderse entre sí.

—Vuestros pensamientos buscan el camino de la salvación, trabajando en la idea de escapar hacia los hielos eternos. Yandot os dice: Podréis escapar si aceptáis órdenes de Yandot. Sólo Yandot os puede conducir a la libertad. Obedeced a Yandot.

Los tres hombres abrieron las bocas de puro asombro. Estaban convencidos de que aquel extraño ser era mudo, puesto que aquella era la primera vez que le oían hablar. Pero más se hubieran asombrado de saber que Yandot hablaba por segunda vez en ruso.

—¿Quién habla de fugarse? —preguntó el alemán cautamente.

—Yandot penetra en vuestra mente. Conoce lo que estáis pensando. Tú eres alemán. Crees que Yandot puede ser un enemigo. No desconfíes. Yandot es fuerte. Gran fuerza aquí.

Se golpeó con la palma de la mano la frente. Los ojos negros se clavaron sucesivamente en cada uno de los tres hombres que temblaron nerviosos e inquietos. Se sentían ante aquella mirada fascinados; como el pájaro se siente atraído por la mirada de la serpiente, así aquellos hombres endurecidos por las fatigas y los trabajos sintieron que sus voluntades flaqueaban ante la presencia de aquella criatura de poder casi hipnótico.

—Haremos lo que tú digas —dijo el alemán lentamente. Aquellas palabras salieron de sus labios, pero Müller estaba seguro de que no las pronunció él. Esto era algo extraordinario.

—Yandot dará órdenes.

Y el extraño hombre rojo se retiró del trío, echándose sobre su camastro. Medio minuto después parecía dormir profundamente.

El húngaro se pasó las manos por los ojos. Sacudió la cabeza y comentó haciendo un gran esfuerzo para dominarse:

—Me parece haber sufrido una pesadilla. Esa voz… y esa mirada…

—Mis manos tiemblan —musitó el polaco—. ¿Qué poder sobrenatural tiene ese… Yandot? He sentido como si me vaciasen el cerebro…

El día pasó rápidamente. Kazan, que había estado trabajando en la base de submarinos, entró en el barracón cuando la oscuridad en el exterior se adueñaba de todo. Nevaba copiosamente y soplaba una fuerte ventisca.

Kazan fue puesto al corriente de lo sucedido por el húngaro. Sonrió incrédulo, exclamando burlón:

—Os dejáis impresionar demasiado fácilmente. Seguidme y veréis.

Titubeantes le siguieron hasta el camastro que ocupaba el hombre rojo. Kazan le sacudió brutalmente por un hombro.

Yandot se incorporó en su lecho; instintivamente, todos, excepto Kazan, se hicieron atrás.

—Será la última vez que interrumpas el sueño de Yandot. En este momento deseas demostrar a los demás que no tienes miedo y que eres el más poderoso. Pero sí tienes miedo, Kazan. Tienes miedo de Yandot.

Todos vieron que una extrema palidez cubría las facciones del ruso. Luego, de pronto, su rostro adquirió el color de la púrpura y sus manos se alzaron.

—Yo no tengo miedo de ti, hombre rojo. ¡Y te lo voy a demostrar!

Kazan se lanzó hacia adelante con los puños levantados. Nadie fue capaz de prever los movimientos vertiginosos de Yandot. Éste adelantó sus largos brazos e hizo presa en las muñecas de Kazan. Efectuó una hábil flexión y el ruso salió disparado por encima de los camastros, dio dos o tres vueltas por el suelo y chocó contra la pared, donde quedó inmóvil, hecho un ovillo, mirando estúpidamente a la sorprendente criatura.

—No olvidéis lo que Yandot dice: Él os sacará de esta isla. Pero debéis obedecer a Yandot.

El ruido de la tormenta era cada vez más intenso; caía la nieve furiosamente y el viento mugía, silbaba y aullaba haciendo temblar con violencia el techo del barracón. Los veinte hombres que ocupaban aquella construcción miraron temerosos al hombre rojo, erguido en toda su estatura en medio del pasillo. Habían sido testigos de la derrota de Kazan, el más fuerte de los prisioneros. Sus naturalezas debilitadas a causa de las privaciones, de las fatigas y del clima, eran incapaces de resistir la tremenda vitalidad que desarrollaba el hombre que a sí mismo se llamaba Yandot.

El hombre rojo se volvió lentamente y se dirigió a la puerta. Después de entrar Kazan, los soldados la habían cerrado, asegurándola por medio de una cadena con un grueso candado. Y el asombro más infinito se apoderó de todos al ver que la puerta se abría al darle un leve empujón Yandot. Éste se encaró con los presos y dijo con su voz profunda:

—Nadie debe salir de la cabaña. Confiad en Yandot. Antes de quince días estaréis libres.

Y salió cerrando la puerta tras sus espaldas. Müller miró al polaco, mientras Foldvar el húngaro ayudaba a Kazan. No hubo explosión de júbilo entre los prisioneros al escuchar las palabras del hombre rojo, sencillamente porque estaban en verdad muy sorprendidos y porque hasta el presente nadie había logrado escapar de la isla. Aguardaron ansiosos el sonido de una detonación, pero sólo el rumor del viento se percibía con claridad allí dentro. Todos estaban demasiado impresionados por lo que habían visto y oído; sin embargo, Müller, Kazan, el polaco y Foldvar se reunieron aparte.

—¿Crees que podemos fiarnos de él? —preguntó el húngaro al ruso.

—No lo sé. Si maneja el cerebro tan bien como sus brazos, desde luego. ¿Habéis sentido alguna vez miedo?

Los prisioneros asintieron.

—Yo lo he sentido —continuó Kazan—. Hoy por primera vez en mi vida. Hay algo en ese hombre rojo que inspira terror. Terror y confianza al mismo tiempo. Presiento, amigos míos, que antes de quince días nos veremos privados de nuestra voluntad, hoy lo he comprobado.

Los prisioneros guardaron silencio.

—Ese Yandot —siguió diciendo el ruso— parece contar con el apoyo de alguien en el exterior. No comprendo cómo ha podido abrir la puerta y deslizarse fuera del campamento sin que los centinelas le descubrieran. Y yo me pregunto: ¿Adónde habrá ido?

Aquella era una pregunta que se estaban formulando todos los ocupantes de la cabaña.

Si hubieran podido ver a Yandot en aquellos instantes, su asombro no hubiera conocido límites.

El hombre rojo caminaba a grandes zancadas entre remolinos de nieve, venciendo la fiereza del huracán, como si sus pies no tuvieran que vencen la oposición de la gruesa capa de nieve, que como albo manto cubría la tierra de Sibiriakof.

Era difícil orientarse en la oscuridad y entre el mar de copos blancos, pero Yandot no se detuvo ni vaciló un solo instante. Penetró en un pequeño bosquecillo de abetos y avanzó por él hasta detenerse en una especie de claro, al pie de un abeto gigante. Se inclinó junto al tronco y excavó con las manos desnudas en la nieve. Quedó al descubierto una oquedad en el tronco del árbol. Yandot metió las manos en el agujero.

Sacó una escafandra de material opaco y vítreo. Se la colocó sobre los hombros y empezó a manipular en una serie de botones que tenía sobre una cajita conectada con la escafandra. Un minuto más tarde establecía contacto con una emisora receptora cercana, y aquella emisora le respondió en el lenguaje de los tacomis. Cuando terminó de transmitir dejó la escafandra, dotada de un perfeccionadísimo aparato de radio, en la oquedad del tronco. Las manos de Yandot palparon en el escondite. Allí en aquel agujero había un equipo completo de combate.

Desechando el fusil atómico por demasiado voluminoso, Yandot se proveyó de varias granadas de mano potentísimas y de una pistola eléctrica. Cubrió de nuevo la oquedad, y regresó al campamento.

Los centinelas estaban todos bajo techado. Sabiendo que nadie podía escapar de la isla, apenas ejercían una somera vigilancia. Yandot llegó ante la puerta del barracón. Su mano dio un leve giro,

se oyó un chasquido y el candado se abrió.

Cuando la puerta giró sobre sus goznes y apareció en el umbral el hombre rojo, ninguno de los prisioneros vislumbró el menor rastro de la pistola eléctrica.

CAPÍTULO IV

REBELIÓN SANGRIENTA

L

a voz de un locutor de una emisora americana que leía un programa futuro a los radioescuchas surgió del aparato de radio, y con voz agradable y clarísima dicción se interrumpió, de pronto, para comunicar una noticia fresca al parecer.

—Fenómeno extraordinario que nos comunican desde varios puntos de la nación… —dijo la voz.

El sargento John Garry se dispuso a variar de estación.

—¡Aguarde! —le gritó el capitán Bedford—. Quiero oír eso.

—Varios testigos declaran haber visto surcar el espacio largos hilos flameantes acompañados de gran estruendo —decía el locutor —. Otros insisten en que no se trata de hilos, sino de esferas inflamadas y que se mueven por el aire a velocidades verdaderamente escalofriantes, sin producir el más leve ruido. Con todo, los astrónomos se mantienen en su idea primera, de que no se trata del paso de aerolitos por el cielo de la nación, porque no se ha visto caer a ninguno.

John Garry se rió con gana, comentando:

—No comprendo cómo hay gente que crea tales patrañas.

—La última estela de fuego que ha surcado los aires fue vista sobre Las Vegas, Nevada. Ello ha ocurrido hará cosa de una hora… —La voz se interrumpió.

Durante la pausa que sobrevino a continuación, los hombres del capitán Bedford oyeron el leve crujido de papeles en la estación emisora.

—Aquí tengo otra importante noticia, la última recibida, que comunicar a ustedes. Nos dicen desde Los Ángeles, que el profesor Hoppel ha sido comisionado por el Observatorio del Monte Palomar para investigar de cerca los fenómenos acaecidos durante estos dos últimos meses. Según parece, el profesor Hoppel tiene una idea arraigada sobre el origen de las estelas luminosas que no quiere dar a conocer. Ayer tomó el avión para Chicago. Se supone que el profesor se dirige a la base de Thule, en Groenlandia, para iniciar desde allí sus investigaciones.

Derek Bedford soltó un respingo. ¿Sería posible que Lanca, su mujer, viajara con el profesor Hoppel? Prestó atención.

—Han vuelto a surgir los casi olvidados platillos volantes —seguía diciendo el locutor—. Esferas luminosas y platillos volantes

acaparan las primeras páginas de los grandes rotativos mundiales. Una vez más, las gentes se han lanzado a devorar con creciente interés las noticias referentes a supuestas naves interplanetarias.

John Garry comentó:

—Aunque nuestro radar detecte la presencia de misteriosos aparatos volantes, y desaparezcan sin dejar rastro alguno cuatro aviones de la Air Force… mientras no vea por mis propios ojos uno de esos platillos volantes no creeré en ellos.

—Y aquí concluye nuestra emisión de la tarde —dijo la voz del locutor—. Entrada la noche volveremos a radiar más detalles.

El sargento le dio vueltas al pomo de control del aparato hasta topar con una estación que retransmitía música bailable.

—Oiga, sargento —dijo Derek de pronto—. Estando yo ausente, ¿ha llegado algún mensaje referente al profesor Hoppel?

—No, señor, pero han aterrizado algunos aviones procedentes de Goose Bay y de las bases de Terranova. Cualquiera de ellos ha podido traer la noticia al general.

—Ya lo había pensado. Cuide de esto. Voy a hablar con el capitán ayudante.

Cuando Derek salió de la torre de radar y transmisiones, un DC-4 evolucionaba sobre la pista de aterrizaje. El avión describió un semicírculo e inclinó la proa hacia tierra. Quince segundos después corría por la pista, deteniéndose no muy lejos de donde se encontraba el capitán. Éste se aproximó al avión, sintiendo un inquietante nerviosismo.

Cuado llegó junto al transporte, dos soldados de las Fuerzas Aéreas descendían por la escalerilla. De súbito, el corazón del capitán empezó a latir desenfrenadamente. ¡Había visto el rostro de su esposa asomando por encima del hombro del profesor Hoppel!

* * *

Nerensky, el director de la colonia de Sibiriakof, contempló el espectáculo que ofrecían los ciento veinte hombres trabajando sobre un fondo inmaculado blanco. El ruido de las excavadoras, de los tractores, de los taladros y sierras mecánicas arrancaba dormidos ecos del bosque de abetos. Los soldados, con el fusil colgado al hombro, se paseaban indiferentes a los gritos de los capataces y al restallido de los látigos descargados con furia satánica sobre las espaldas de los prisioneros que se rezagaban en su trabajo.

Nerensky sonrió cruelmente. Era posible que en ningún otro campo de concentración se emplearan aquellos procedimientos laborales, pero allí él era el único amo y dictaba las disposiciones

que tenía por conveniente. Además, así se obligaba a los prisioneros medio congelados a entrar en reacción. Pronto sería destinado a otro lugar más confortable donde, con los beneficios obtenidos al frente de la colonia en tres años, podría vivir holgadamente el resto de su existencia.

Un soldado de la estación de radio se le acercó corriendo dándole cuenta de la proximidad del rompehielos. Era una grata noticia. Frotándose las manos, se dirigió a su vivienda. En la entrada tropezó con Niva, la mujer que le servía de cocinera y se encargaba de la limpieza de su casa.

Niva se apartó para cederle el paso, pero Nerensky alargó el brazo y la cogió por el talle. La mujer no se resistió, pero la expresión de su rostro era más que suficiente para demostrar la repugnancia que le daba el ruso.

—Niva —dijo el director, con algo de pasión contenida en la voz —. Has sido una mujer muy esquiva durante estos tres años. Dentro de unos días abandonaré para siempre esta isla. Seré destinado a una ciudad. Tendré todo lo que desee. Todo será tuyo si quieres compartir mi destino. Me has rechazado muchas veces, y hoy por última vez me dirijo a ti. ¿Quieres acompañarme o prefieres quedarte aquí donde seguramente el frío o el hastío acabarán contigo?

La mujer se desasió del abrazo del director y espetó duramente, con una voz fría y silbante:

—Antes que acompañarle, prefiero morir con estos condenados por la barbarie comunista. ¡Me da usted asco! ¿Cuántas veces tengo que repetírselo?

Nerensky hizo un gesto de rabia. Acto seguido soltó varias maldiciones.

—¡Bruja! —gritó—. ¿Me desprecias? ¿No sabes quién es el amo? Hasta el presente te he respetado porque confiaba en que accederías a venir conmigo por las buenas. ¡Me he cansado de esperar! ¡Vendrás conmigo, quieras o no quieras!

—Antes me mataré.

—Eso lo veremos —dijo el ruso soltándola y entrando en la casa.

Niva se llevó la mano al pecho, sintiendo que el corazón le latía desaforadamente, con una violencia debida no toda al odio, sino al terror que le inspiraba aquel monstruo de crueldad.

Inclinándose cogió el pozal y se encaminó a la parte trasera de la casa. Sus ojos descubrieron al hombre rojo. Una sonrisa de simpatía asomó a los labios de Niva. En su memoria todavía estaba fresco el recuerdo de la extraña intervención de Yandot cerca de Olga, la

joven cuya hermosura había defendido Niva con éxito contra el asedio de todos los empleados rusos de la colonia.

Yandot miraba fijamente un punto que se destacaba sobre las aguas cubiertas de grandes témpanos de hielo. Aquel puntito era el rompehielos que se dirigía hacia la isla. ¿Cuántas cosas sucederían con la llegada de aquel barquichuelo? Hasta los oídos de Niva habían llegado rumores vagos sobre una conspiración para escapar de la isla. Nerensky se mostraba demasiado confiado. ¿Estaría acaso enterado de lo que se proyectaba y esperaba el momento oportuno para reprimir duramente la rebelión?

Al oír los pasos de Niva, Yandot se volvió. La rusa sintió la intensidad de su mirada. Aquellos ojos resplandecían como carbones encendidos. Parecían penetrar a través de la propia mirada y descubrir los más recónditos pensamientos de una persona.

Yandot no dijo nada. Cogió del suelo un rollo de cuerda y, con él al hombro, se alejó de la casa. Niva corrió tras él.

—Espera un momento, hombre rojo.

Yandot se detuvo.

—Está prohibido hablar mientras se trabaja —recordó—. Podrían castigarte por ello.

—Ya todo me es igual. Quería sólo preguntarte si es cierto que piensas librarnos a todos de esta opresión.

—Las palabras que jamás debían haber sido pronunciadas han salido de tus labios. Pero antes salieron de otros. Sí; es cierto. Esta noche os libraré de Nerensky y de sus soldados, pero deberéis seguirme a donde yo os diga. Será el único medio de escapar a la persecución.

Dichas estas palabras, Yandot se alejó, dejando a Niva, la en otro tiempo bella intrigante, sumida en un mar de confusiones.

La jornada decaía y el rompehielos había dejado de ser una mancha en el horizonte para convertirse en lo que era, es decir, en un barco. El crepúsculo empezaba a invadir aquellas apartadas y frías regiones. En lontananza refulgía un pálido sol alumbrando difusamente las aguas surcadas por témpanos a la deriva, semejantes a almas en pena. El viento del atardecer arrojaba gélidos latigazos contra los cuerpos depauperados de los prisioneros colocados en fila ante el barracón donde se repartía la segunda comida del día.

Müller y todos los demás tenían la mirada clavada en el barco que se disponía anclar en la bahía, donde se construía la base de submarinos. Los marineros arrojaron varios cables a tierra, que algunos soldados recogieron atándolos a unos postes clavados a lo

largo del pequeño embarcadero de madera.

Tanto Müller, como Kazan y el húngaro sabían que el único medio de escape lo constituía aquel barquichuelo; pero intentar cualquier rebelión en aquellos momentos era más peligroso que nunca, puesto que con el barco habían arribado veinte soldados para relevar a la guarnición de la isla siendo, por tanto, la fuerza armada en Sibiriakof era más numerosa que de costumbre.

Lentamente los prisioneros desfilaron ante los pinches de cocina, recogiendo en sus platos de aluminio la bazofia de comida que se les daba en recompensa al arduo trabajo realizado durante la jornada. Entre ellos, Yandot parecía no haber advertido la llegada del rompehielos.

Müller, Mihaly el polaco y Foldvar el húngaro se recostaron contra el paredón de una de las cabañas. Comieron en silencio, mirando codiciosamente los fusiles que pendían de los hombros de los guardianes. Había llegado el momento de intentar salir de aquel infierno blanco y no disponían, siquiera, de una miserable arma de fuego.

—El rompehielos permanecerá anclado, como de costumbre, unos siete días —dijo el polaco—. Es el tiempo que nos queda para decidirnos.

—Estamos todos dispuestos —murmuró Karl Müller—. Pero necesitamos armas, de lo contrario es completamente inútil todo cuanto hagamos.

—Kazan las traerá. Dos fusiles y tres revólveres que nos servirán para apoderarnos de más —manifestó el húngaro—. Esta noche daremos el golpe. Asaltaremos el retén de soldados aprovechando el momento en que estarán festejando la llegada del relevo. Pero habrá que abrir la puerta del barracón.

—No será necesario —dijo el alemán—. ¿Para qué, entonces, hemos estado excavando un túnel estas últimas semanas?

—Chisst… —hizo el polaco.

Un soldado pasó a corta distancia echándoles una mirada recelosa. Pero no se detuvo. Cuando se halló a una distancia prudencial inquirió el polaco:

—¿Y Yandot? Prometió sacarnos de aquí. ¿Le debemos hacer caso?

—Depende —contestó Müller—. Como no exponga su plan antes de medianoche, actuaremos por nuestra cuenta. Ahí viene Kazan.

El ruso blanco se acercaba con el plato de la comida en la mano. Al llegar a la altura de sus compañeros, dijo en voz baja, sin dejar de caminar:

—Estad preparados para esta noche. A las doce en punto. Yandot nos ayudará.

Los capataces y soldados parecían recelar algo porque algo extraño notaban en el ambiente. Los prisioneros formaban grupitos y comentaban en voz queda cosas que ninguno de los vigilantes lograba oír, puesto que cuando se aproximaban a los grupos, los presos cambiaban automáticamente de conversación.

Mientras limpiaban los platos, observaron la llegada de un pelotón de soldados, que rodearon a Yandot llevándoselo hacia el calabozo de la colonia de prisioneros.

Müller y sus amigos se miraron sobresaltados. Aquello sólo podía indicar una cosa: que la conspiración había sido descubierta y que todo se había venido abajo. Sin embargo, Kazan se limitó a sonreír levemente.

Los prisioneros fueron de nuevo recluidos en sus cabañas.

La noche descendió sobre el campamento. Fueron encendidos faroles de petróleo. En un gran pabellón, los soldados alborotaban trasegando grandes cantidades de vodka y llenando los estómagos con buena y abundante comida. Las horas pasaron lentamente para los prisioneros encerrados en sus barracones. Poco a poco se fueron acallando los gritos de la soldadesca y de los empleados y capataces rusos, hasta que por fin todo quedó en silencio.

Tan sólo en la casa de Nerensky continuaba la fiesta. Se encontraban allí, aparte del director, el nuevo jefe de la base llegado en el rompehielos, el capitán y su segundo de a bordo, los dos tenientes de las distintas secciones de soldados y los dos ingenieros que dirigían las obras de la nueva base ártica rusa.

Los centinelas, metidos en unas torres de madera provistas de reflectores y de calefacción, echaban de vez en cuando una mirada distraída a través de las aspilleras de cristales. La oscuridad era casi absoluta; lo hubiera sido si no brillasen en la noche las luces de la casa del director y las del rompehielos anclado en el embarcadero.

Si alguien hubiera estado cerca de la puerta del calabozo hubiese podido percibir un leve chasquido en la cerradura. Casi enseguida, la puerta se abrió silenciosamente y una gigantesca figura se deslizó a la oscuridad del exterior.

Yandot, buscando la protección de los barracones, se aproximó a la torre más cercana. Ascendió por los peldaños de la escalera con movimientos felinos. Al llegar junto a la puerta, la empujó con la mano y, rápidamente, dio un salto penetrando en el interior de la garita. El centinela, medio dormido, no llegó a enterarse de lo que le sucedió. Notó un fuerte impacto en pleno rostro y cayó

desvanecido. El hombre rojo sacó un frasco pequeño del bolsillo y lo aplicó a las narices del ruso. Dando a inhalar su contenido al centinela, Yandot se aseguraba que no despertaría antes de una hora.

El tacomis abandonó la torre y repitió la misma operación con los otros tres centinelas. En dos de las torres tuvo que romper un cristal y echar una granada anestésica en su interior. Eliminada la vigilancia del campamento, Yandot se dirigió al bosque, regresando al cabo de diez minutos escasos. Luego se encaminó al barracón de los prisioneros de su brigada. Su mano izquierda se tendió hacia el candado, que se abrió misteriosamente, aunque los dedos del gigante no habían llegado a rozarlo.

Müller y Kazan, que se disponían a apartar el camastro del primero, debajo del cual se había excavado un túnel en el transcurso de muchas noches de duro trabajo, se volvieron sobresaltados al oír el grito de alarma del húngaro. Cuando vieron a Yandot dejaron escapar un suspiro de alivio.

—Escuchad todos con atención a Yandot —dijo el tacomis con su voz gutural—. Yandot cumple su palabra. No existe vigilancia en el campamento. Todos obedeceréis a Yandot. Kazan será mi lugarteniente. —Se volvió hacia el ruso, prosiguiendo:

—Coloca a dos hombres en cada torre, hombres que conozcan el manejo de las ametralladoras. No debéis causar ningún daño a los soldados que encontrarán desvanecidos. Tampoco dispararán hasta que no escuchen la explosión que hará volar la estación de radio. En todo caso respetarán la vida de los hombres que se rindan. Ordena primero el ataque al rompehielos. Y no os sorprendáis si veis algo fuera de lo natural.

Kazan asintió con la cabeza. Iba armado con dos revólveres de reglamento en las unidades rusas destacadas en los campos de prisioneros de Siberia, robados hacía más de un año y ocultados cuidadosamente debajo del suelo del barracón. Müller y el polaco empuñaban largos fusiles semiautomáticos y el húngaro una pistola de gran calibre. Con aquellas armas se disponían los prisioneros a iniciar la rebelión.

Kazan empezó a dar órdenes. Poco después, figuras furtivas salían del barracón, deslizándose sigilosamente sobre la nieve. Los prisioneros de los otros barracones fueron libertados. No se oyó un grito ni una voz de mando. Las figuras oscuras se movieron hacia las dependencias de los rusos.

Yandot, seguido de Kazan, Müller y cinco hombres más, se encaminó hacia la estación de radio instalada junto a la casa de

Nerensky. Simultáneamente sucedieron varias cosas. Sobre el fondo estrellado de la noche ártica, entre un claro del cielo anubarrado, se vislumbró un hilo de luz. Se escuchó un grito procedente del rompehielos y una detonación, precedida de un fogonazo, partió de la estación de radio. Uno de los prisioneros se derrumbó sobre la nieve soltando un estertor de agonía.

Müller se echó el fusil a la cara, pero antes de que llegara a apretar el gatillo, Yandot hizo describir una parábola a su brazo y un objeto cilíndrico voló por los aires directo a la cabaña que albergaba la emisora. Yandot empujó a Kazan y a Müller e instintivamente los otros cuatro prisioneros se echaron de bruces sobre la nieve…

* * *

La cena había sido digna de un rey; en realidad, como correspondía a los gustos de Nerensky. Éste había informado sucintamente a su sucesor en el mando de la isla del progreso realizado en la construcción de las obras militares. Mientras repartía excelentes cigarros puros a sus siete invitados, rió fuertemente al comunicar lo que los prisioneros habían preparado para aquella noche.

—Les he dejado hacer —dijo—. Así aprenderán. Hay varios presos que, a cambio de un mejoramiento en el trato y en la comida no vacilaron en vender a sus compañeros. He podido enterarme de la extraña influencia del hombre rojo, un gigante de piel colorada. Os digo sinceramente, camaradas, que uno se ve empequeñecido en su presencia. Para más seguridad lo he encerrado en el calabozo y he doblado el número de centinelas esta noche. Es imposible que logren escapar.

—¿Y por qué motivo quieren sublevarse?

Nerensky hizo un gesto vago con los hombros.

—Cualquier persona, al hallarse por espacio de más de un año en estas inhóspitas regiones, siente un vivo deseo de salir, de escapar sea como sea. Yo mismo he tenido que reprimir este impulso en varias ocasiones. Invariablemente, cada vez que el rompehielos ancla en la bahía se produce un conato de sublevación o algún prisionero intenta escapar. Pero hasta la fecha nadie lo ha logrado. Algunos, en su desespero, se lanzan sobre el mar helado, durante el invierno, pretendiendo alcanzar la costa de Siberia. Pero si escapan de nuestros hombres, los perros o en último término la nieve y el frío dan buena cuenta de ellos. Algunos, incluso después de haber estado vagando durante días por el campo de hielo,

regresan al campamento porque el hambre los estaba matando. Sibiriakof es peor que la Isla del Diablo. Deseo que vuestra estancia en este lugar sea muy corta, camaradas…

Los rusos levantaron sus copas rebosantes de buen licor. Y de pronto sonó una detonación y, casi al instante, una explosión espantosa conmovió toda la casa. Los cristales de las ventanas saltaron hechos añicos, al tiempo que una fuerte ráfaga de viento penetraba a través de las aberturas rasgando los cortinajes y desclavando los cuadros de las paredes.

Transcurrido que hubo un segundo, oyeron un sonido prolongado que desgarraba el tímpano y por las ventanas destrozadas penetraron varios regueros cegadores de luz. Retumbaron dos nuevas explosiones acompañadas de un griterío ensordecedor.

Los rusos se levantaron de sus asientos y corrieron hacia las ventanas, pero antes de que consiguieran llegar hasta ellas, la puerta de entrada se vino abajo a consecuencia de una formidable explosión. Apareció Yandot empuñando en su diestra un artefacto de brillo vítreo que por su forma recordaba la de una pistola. Detrás del Hombre Rojo asomaron sus rostros preñados de odio Kazan, Müller y cuatro prisioneros más, todos los cuales empuñaban una u otra arma.

Yandot se hizo a un lado, dejando enfrentados a los esclavos frente a sus amos. El sonido estridente del exterior había cesado siendo sustituido por un griterío espantoso y una serie fragorosa de estampidos y detonaciones. Müller alzó su fusil.

—Ha llegado vuestra hora, cobardes —dijo con metálica voz—. Defendeos si sois hombres porque vais a morir.

Nerensky fue el primero en reaccionar. Comprendió que no podía esperar compasión de aquellos hombres a quienes había tratado como si fueran bestias. Saltó a un lado, tratando de escabullirse de la habitación. Müller disparó casi sin apuntar. El ruso dio un brinco en el aire y se desplomó arrastrando una silla en su caída.

Acto seguido, la estancia se llenó de fogonazos y estampidos ensordecedores.

Yandot, el único que hubiera podido impedir aquella venganza, ya no estaba allí dentro.

Por el campamento corrían los prisioneros acallando los últimos focos de resistencia. En el cielo había un objeto singular. No era una estela luminosa. Se parecía a una bola opaca de vidrio. En diámetro aquella esfera se aproximaría a una veintena de metros y no era

toda de la misma materia uniforme. Puntos claros y puntos oscuros formaban el dibujo liso e igual de su superficie...

CAPÍTULO V

VUELO ÁRTICO

El brigadier general Hamilton carraspeó un par de veces y luego dio un fuerte puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar la tapa del tintero y todos los papeles esparcidos sobre su superficie. Derek Bedford se inclinó para recogerlos, pero otra explosión del viejo se lo impidió.

—¿Es que usted no siente curiosidad ante nada? —gritó—. ¿No tiene sangre en las venas?

—La tengo, señor; pero acostumbro a no inmutarme fácilmente.

—Siempre tan irónico, ¿eh? —bramó el general—. Puede que esta vez su sangre altere su curso un poco más de lo normal. ¿Qué sabe del avión de reconocimiento que enviamos al Polo?

—Hace dos horas que dejó de comunicar. Lo hizo bruscamente, señor. Temo que haya ocurrido algún accidente.

—¿Algún accidente? Son ya demasiados los aviones desaparecidos sin dejar el menor rastro. Debemos investigar esto sin pérdida de tiempo. Por lo tanto va usted a encargarse del mando de otro vuelo de reconocimiento. Y mantenga el contacto por encima de todo. Es usted un experto en eso, ¿no?

—Bien, señor. ¿Cuándo salgo?

—Ahora mismo. He dado ya órdenes al teniente Wilson para que tenga listo el nuevo Boeing RB-47-E destinado al cumplimiento de misiones de reconocimiento fotográfico diurno o nocturno de gran autonomía. El sistema de acondicionamiento del compartimento en donde va alojado el equipo fotográfico permite la conservación de una temperatura y humedad uniformes y hace que las ventanas no se empañen ni se hielen. Quiero un informe detallado sobre ese misterioso objeto, meteorito, proyectil dirigido o platillo volante, lo que sea.

—¿Platillo volante, señor?

—Es un decir, ¡voto al diablo! No obstante, es la teoría que sustenta el profesor Hoppel, el cual le acompañará en este vuelo en calidad de observador. He tenido que concederle permiso por órdenes superiores. También su hija irá con ustedes.

—¿Por qué su hija, general?

—Es la ayudante del profesor y su secretaria y... ¿esto qué le puede importar a usted? Cumpla su cometido independientemente de las chifladuras que pueda realizar el doctor Hoppel.

—Muy bien, señor. ¿Ordena alguna cosa más, mi general?

—No. Puede despegar enseguida.

Bedford se levantó y tras saludar se dirigió hacia la puerta del despacho.

—Un momento, capitán —el viejo rezongó unos instantes y añadió—: Tenga cuidado. La desaparición de esos aviones no es normal. Radie cualquier cosa extraña que observe, pues estamos verdaderamente preocupados. Hemos interceptado algunos partes rusos que dan cuenta de la desaparición misteriosa de un TuG-75 y de otros varios aparatos.

Derek volvió a saludar y salió del aposento. No estaba preocupado por aquel vuelo. Pensaba en el día en que Lanca Hoppel, su mujer, llegó a la base de Thule. Al descender del transporte militar que le trajo, sus miradas se cruzaron. Derek inició un movimiento de aproximación, que cortó bruscamente al advertir que Lanca desviaba la mirada, haciendo un mohín de disgusto. Él había dado media vuelta y echando fuego por todos los poros de su piel se encaminó de nuevo a la torre de radar. Durante varios días ni una sola vez se habían tropezado en la base. Lanca parecía querer huir de él y Derek, por su parte, tampoco buscó el encuentro *casual*. El profesor Hoppel le había saludado muy amablemente y con cariñosa simpatía, cosa que le sorprendió. Pero tampoco había preguntado por Lanca a su padre, ni siquiera por educación. Después de nueve meses de separación el destino les había juntado a bordo de un avión sobre el cielo ártico.

La niebla era espesa, pero esto no obstante, el teniente Wilson plantado junto al RB-47-E, pudo ver a un hombre de poca estatura, rechoncho, de cara inteligente y alegre mirada dulce, que avanzando presuroso hacia él, le cogió las dos manos y se las sacudió con vigor.

En el curso de los minutos siguientes tuvo el teniente tiempo sobrado para percatarse del compañero que el Instituto de Investigaciones Astronómicas le había deparado en suerte. Hablaba y gesticulaba con volubilidad desconcertante; sus pensamientos habían de abrirse camino y salir fuera so pena de que reventase la máquina; sus ojos, pequeñitos, como suelen ser los de los hombres inteligentes; su boca grande y siempre abierta, eran otras tantas válvulas de seguridad que dejaban escapar el exceso de plenitud de sí mismo. Hablaba y hablaba sin tomar aliento, pero tan bien y con tanta rapidez y alegría que Wilson no acertaba a comprender una sola palabra de las que, espesas como terrible granizada, le dirigía.

Aprovechando una fracción de segundo que su interlocutor se tomó para respirar, le lanzó rápidamente esta pregunta:

—¿El profesor Hoppel?

—¡El mismo en persona, señor capitán! Más de un cuarto de hora hace que le ando buscando y preguntando a todo el mundo por usted. ¿No concibe usted mi impaciencia? ¡Cinco minutos más de espera y me vuelvo loco! ¿Conque es usted el capitán Wilson, el aviador más intrépido de la base de Thule, el que conoce como nadie el manejo del Boeing?

—Sí, profesor; soy Wilson, pero…

—Es lo lógico —contestó Augustus Hoppel, después de haber aspirado una provisión de aire para espirarlo juntamente con las palabras—, es lo lógico. He aquí por qué me encuentra usted tan contento… ¡Claro! ¡Como que veo colmados mis deseos! Hace mucho tiempo que aguardaba yo esta coyuntura, que anhelaba emprender un viaje como el que tenemos en perspectiva y emprendiéndolo con usted, capitán…

—Perdone usted…

—Con usted, capitán —repitió el profesor, sin cuidarse de lo que intentó decir su interlocutor—, abrigo la seguridad de que llegaremos muy lejos y de que nadie pensará en retroceder.

—Pero…

—Es usted un hombre probado, capitán; conozco perfectamente su hoja de servicios… ¡Ah! ¡Pocos aviadores pueden rivalizar con usted!

—Si usted quisiera…

—¡No… no quiero! ¡No quiero que nadie, ni usted siquiera, ponga en tela de juicio su audacia, su bravura y su habilidad! Con usted tenemos asegurado el éxito de este viaje; yo se lo fío.

—¡Pero no se trata ahora de eso! —exclamó el teniente Wilson exasperado.

—¿De qué se trata, pues? ¡No me haga usted morir de impaciencia!

—¡Pero demonios coronados! ¡Si no me deja usted meter baza! Sepa en primer lugar, que no soy capitán, sino teniente; que no mando en este vuelo ni sé nada del viaje a que usted se refiere. Vamos a realizar un simple vuelo de reconocimiento bajo las órdenes del capitán Bedford y no encuentro yo motivos para que usted estalle de placer.

—Usted está equivocado, capitán. Derek Bedford es mi yerno y no me han dicho que mande este vuelo. Por otra parte, pertenezco al Observatorio del Monte Palomar y he estado en contacto con todos los observatorios del país y con las estaciones de radar de la Air Force. Estoy plenamente convencido de que el objeto caído en el

Polo Norte no es ningún aerolito, sino un fantástico y maravilloso platillo volante. ¿Sabe lo que esto significa?

Wilson exhaló un suspiro de resignación.

—Ah, vamos. Un platillo volante. Comprendo —dijo para evitar cualquier discusión—. ¿Le ayudo a subir a bordo?

—No es necesario, joven. Tengo todavía suficiente vitalidad para andar solo por el mundo. En realidad estaba esperando a mi hija, que se retrasa más de lo debido.

—¿Su hija? —exclamó extrañado el teniente—. El vuelo que vamos a emprender, profesor, no es ningún viaje de turismo.

—Mi hija Lanca me acompaña a todas partes, aunque sea al Polo Norte. No constituirá ningún estorbo. Ahí llega.

Un *jeep* se destacó de la niebla patinando sobre sus cuatro ruedas. Del vehículo descendió una joven. Tenía el rostro moreno, tostado por el sol y una cabellera endrina: sus ojos presentaban un bellísimo color verde y sus blancos dientes hubieran figurado honrosamente en el anuncio de un dentífrico. Sin embargo, no era la sonrisa la que los ponía de manifiesto a la sazón, sino un gesto que pretendía ser de decisión. Y el teniente Wilson estaba convencido de que aquel gesto no era artificioso.

El profesor realizó las presentaciones.

—Encantado, señorita Hoppel —dijo el aviador—; pero soy simplemente un teniente. Su padre se empeña en ascenderme de grado.

Lanca sonrió encantadoramente y Wilson ya no lamentó que una mujer tomara parte en aquel vuelo.

—Pasen ustedes a bordo —dijo—. Todos sus aparatos han sido instalados adecuadamente. Partiremos en cuanto se presente el capitán Bedford.

Al piloto no le pasó desapercibido el gesto de sorpresa de la joven. ¿Sería realmente la esposa del capitán? Y si era así, ¿por qué Bedford no le había dicho nada? ¿Por qué se mantenía alejado de su mujer? ¿Estarían separados?

—Pon los motores en marcha, Tom —le dijo al piloto—. El capitán no debe tardar.

Efectivamente, Derek llegó casi enseguida. Subió en silencio al avión, dirigió una mirada ligera a Lanca Hoppel, saludó con la cabeza al profesor y ayudó al sargento Garry a cerrar la portezuela del Boeing.

—Puedes despegar, Wilson —ordenó con voz inexpresiva.

El piloto obedeció y un minuto más tarde, el RB-47-E de reconocimiento se remontaba en el aire frío de la mañana.

Como rayo de luna apresado, congelado y vuelto a poner en libertad, el Boeing, astilla de plata contra un cielo sub-ártico, voló por encima del noroeste de Groenlandia a una velocidad singularmente grande para dicha clase de aviones. Hora tras hora, el aparato avanzó sobre la gran extensión desierta, elevándose más y más a medida que se aproximaba al polo geográfico.

En el interior, tripulantes y pasajeros estaban cómodamente instalados. El teniente Wilson se hallaba sentado ante los mandos. El cabo Jim Shandon, encargado de las comunicaciones radiotelegráficas, se mantenía en continuo contacto con la base, mientras el piloto Tom Morse, navegante de aquel viaje, se pasaba la mayor parte del tiempo consultando mapas. El sargento Garry, técnico en radar, ayudaba a Bedford en su labor, en tanto que el profesor Hoppel y su hija se entretenían, por el momento, en mirar por las ventanillas del aparato la superficie helada que se deslizaba bajo sus pies.

John Garry se volvió hacia Bedford y preguntó:

—Mi capitán, ¿tiene usted idea acerca del lugar donde desaparecieron los dos últimos aviones?

—Sí —respondió Derek—; la tengo.

—¿Hum? Yo creí que después de sobrevolar Groenlandia íbamos a volar a ciegas.

—Navegaremos sobre los hielos usando el radar y nuestro detector de radio para ver si localizamos disturbios específicos de estática.

El sargento parecía algo preocupado. Abrió la boca un par de veces antes de hablar.

—Mi capitán —dijo—, no pude evitar escuchar la conversación del teniente Wilson con el profesor Hoppel antes de subir al aparato. ¿Es cierto eso de los platillos volantes?

El capitán movió lenta y negativamente la cabeza.

—El doctor está un poco… —se llevó el índice significativamente a la sien—. Ya entiendes…

—Mi padre no está loco, capitán —dijo la voz de Lanca Hoppel a sus espaldas. Los dos hombres se volvieron.

—No me negarás —dijo lentamente Derek, mirando con fijeza a su mujer— que la afirmación de tu padre carece de base consistente para sostenerla. ¿En qué se apoya para haber llegado a esa conclusión tan… descabellada?

—Papá consiguió localizar un objeto extraño, en forma de disco, cuando caía sobre la tierra. Comprobó que no seguía la invariable ruta de un meteoro. Cambió de dirección antes de que

desapareciera sobre el Polo Norte. Después, están esas estelas luminosas, las esferas volantes y los platillos vistos en las cinco partes del mundo…

—La gente ve visiones o posee demasiada imaginación —replicó Derek. Era la primera vez que hablaba con Lanca desde hacía nueve meses. Su esposa se expresaba fríamente, con aplomo y seguridad desconcertantes. Por su parte, permanecía vivamente grabado en su memoria el día que al regresar a la casita que tenían alquilada en las afueras de Fort Worth la encontró desierta, con una breve nota sobre la mesita del teléfono. El resentimiento guardado durante tanto tiempo brotó a sus labios—. Cada uno es libre de pensar como quiera. Tu padre, en verdad, merece mis mayores respetos; pero no he podido olvidar, al hacer ese gesto inoportuno y descortés, el hecho de que es padre de una mujer trastornada, de una mujer que abandonó a su marido sin motivos aparenten, dando lu…

—¡Eres odioso! —exclamó, pálida y descompuesta, la joven. Giró bruscamente sobre sus talones. Derek no lo advirtió, pero el sargento Garry, testigo mudo de esa escena conyugal, vio brillar unas lágrimas en los maravillosos ojos verdes de Lanca Hoppel.

Empezó a sonar por el altavoz una mezcla de ruidos, disturbios conversacionales de estática, distrayendo la atención de los dos hombres. Se oían chirridos, zumbidos, gemidos y chasquidos. Pero se hubiera podido oír lo mismo en cualquier punto de la Tierra. Derek ordenó a Wilson que hiciera bajar el aparato hasta los mil metros. El radar funcionaba, pero no había registrado todavía ningún eco en su pantalla.

Derek cogió una especie de auriculares y se los colocó sobre los oídos.

Escuchó atentamente por espacio de un minuto. Entonces levantó la cabeza y miró a Garry.

—¿Observas algo en la pantalla del radar?

—Sí, mi capitán. Acaba de aparecer un eco muy débil —informó con acento muy excitado el sargento.

Bedford ordenó al teniente Wilson que variara ligeramente el rumbo, tomando como objetivo el eco aparecido en la pantalla.

Antes de haber transcurrido quince minutos, el extraño disturbio de estática, que sólo oyera Derek por los auriculares, se hizo audible para todos. Era una pulsación alta, rítmica, cortada cada nota de sobrenatural manera para volver de forma más sobrenatural todavía.

El eco se fijaba con evidente claridad en la pantalla.

—Jim —le gritó Derek al radiotelegrafista—, transmite a la base

que, posiblemente, hemos detectado alguno de los aviones de reconocimiento. Eco fijado en la pantalla; sonido cada vez más claro.

Al poner el teniente Wilson rumbo hacia el sonido, éste se fue haciendo mayor, llenando el avión con su extraño y palpitante clamor. Se hizo tan insistente que Derek bajó el volumen del altavoz hasta casi el mínimo posible.

De pronto, los dos pilotos soltaron unos bramidos de excitación.

—¡Aquí todo el mundo! ¡Mirad! —exclamó Wilson, sin volverse.

El profesor Hoppel fue el primero en acudir.

—¡Cielo santo! —exclamó—. Luego tenía yo razón.

Derek asomó por la carlinga. Lo que vio le hizo palidecer de sorpresa. Aquello era la aparición más fantástica que su cerebro pudo soñar. Un extraño objeto, opaco, vítreo, de color azulenco se destacaba nítidamente contra el fondo blanco de la nieve. Era liso y desde aquella altura parecía tener la forma de una cúpula.

—Jim —rezongó Derek, saliendo de su expectación—. Comunica a la base que hemos tropezado con un...

—.... platillo volante —acabó el profesor, soltando exclamaciones de puro regocijo.

Los comentarios más diversos estallaron en un minuto de intensa sorpresa. Fueron interrumpidos por un grito de Jim.

—Mi capitán —chilló—. La radio no funciona. Y tampoco se oye el sonido del detector.

Derek corrió hacia los instrumentos.

—No puede ser —gritó, comprobando los asertos de sus hombres —. Esto no tiene ninguna explicación lógica.

Regresó junto a los pilotos.

—Cambia el rumbo, Wilson —ordenó—. No me gusta esto. Podríamos tener el mismo fin que los otros aparatos.

—No des esa orden, Derek —chilló emocionado el profesor—. Se nos presenta una ocasión única para poder mirar de cerca ese enorme disco volante. Muchos sabios darían su mano derecha por encontrarse en nuestro lugar. Además, debemos sacar fotografías...

—Yo no soy ningún sabio y no deseo acabar mis días sobre el Polo Norte. Nuestras cámaras automáticas han registrado la presencia del platillo volante. Mi misión está acabada. Regresa, Wilson.

—Me parece que va a ser imposible —contestó el piloto—. Los motores se están parando.

—¿Qué les pasa? —preguntó alarmado seriamente el capitán—. ¿Te olvidaste de llenar los tanques?

—No. Posiblemente será alguna avería. Tendremos que aterrizar en ese campo de hielo.

—¿Y morir de frío, sin poder siquiera comunicar por radio a la base nuestra exacta posición?

—No queda otro remedio.

Contrastando con los semblantes serios de los tripulantes, el del profesor Hoppel resplandecía de gozo.

—¿De qué se ríe usted? —le preguntó enfurecido Derek.

El profesor se quitó los lentes, sacó un pañuelo del bolsillo y empezó a limpiar los cristales.

—¿No han pensado ustedes —dijo —que la paralización de los motores y la interferencia de las ondas de la radio puedan ser debido a causas lógicas, tal como por ejemplo, la influencia de aparatos adelantadísimos en el campo de la mecánica? Ese disco que se halla a nuestros pies, no cabe duda, es una aeronave de otro planeta cuyos habitantes han alcanzado un grado de civilización y progreso privilegiados. En estos momentos creo que nos deben estar observando. Quieren cogernos vivos, pues de lo contrario, habríamos sido destruidos, ya que deben disponer de armas espantosamente eficaces y mortíferas. Alegrémonos de que se dignen respetar nuestras vidas. Ello nos dará ocasión para estudiarlos de cerca. Bueno, tal vez quieran estudiarnos ellos a nosotros.

Nadie respondió al comentario del profesor. El avión perdía rápidamente altura, y las manos hábiles del teniente Wilson lo llevaban hacia el campo de hielo próximo al extraño disco de brillo opaco.

Los patines del Boeing RB-47-E tocaron suavemente la pista helada, se deslizaron sin bruscas sacudidas, y finalmente se detuvieron a menos de un centenar de metros de la enorme cúpula azulada.

Derek y sus hombres requirieron las armas que para una eventualidad como aquélla llevaban a bordo. Durante cinco largos minutos contemplaron la gigantesca aeronave interplanetaria. Luego, Derek, incapaz de resistir por más tiempo aquella tensión, dijo:

—Voy a echar un vistazo de cerca a *eso*.

—Yo le acompañaré, mi capitán —dijo John Garry.

—Y yo —manifestó Wilson.

En unos momentos estuvieron los tres hombres equipados con un traje especial para operar en los climas más rigurosos. En las pruebas que se habían hecho con ellos, un individuo, después de

estar sometido durante un cierto tiempo a una temperatura de 54° bajo cero, se comportó como si estuviera en un clima normal.

Descendieron del aparato, armados con los fusiles ametralladores. Caminando penosamente se acercaron al disco azul, terminado en cúpula.

Derek iba delante. De pronto, notó una sensación desconocida. Era algo parecido al miedo que uno siente cuando se enfrenta con algo que no puede precisar. Sobrecogido de terror, giró sobre sus talones y echó a correr hacia el avión. Wilson y Garry le imitaron, sin saber por qué. El capitán vio el rostro palidísimo de Lanca asomado a la cabina del aparato. Y el rostro de su mujer reflejaba un terror sin límites.

Llegó junto al avión. Allí en el hielo de aquel paraje desolado, algo limoso y blando le envolvió, una especie de neblina de la que hizo desesperados esfuerzo por librarse sin conseguir nada. Aquella neblina extraña fue pegándose más y más a su semblante, haciéndole arder los ojos y la garganta, debilitando al propio tiempo sus miembros.

Uno por uno vio derrumbarse a sus compañeros, retorciéndose hasta debilitarse por completo y quedar inmóviles.

Derek soltó su fusil, dio dos o tres traspiés, tosió y, por fin, exhalando un ligero grito de angustia, se derrumbó pesadamente sobre la nieve endurecida…

CAPÍTULO VI

EL EXTRAÑO OBJETO AZUL

Transcurrieron dos semanas antes de que la Unión Soviética se conmoviera y enviara aeroplanos con el fin de saber lo que había ocurrido en la Isla Sibiriakof. Hubiera podido ahorrarse la gasolina que los motores de los aparatos quemaron, pues hallaron algunos montones de ceniza y más de medio centenar de cadáveres allí donde había estado emplazado el campamento y nada más.

No hallaron siquiera un montón de escombros que les dijera qué había sido de los prisioneros, del rompehielos y de la tripulación.

En el preciso momento que uno de aquellos aviones de reconocimiento soviético volaba sobre las ruinas del campo de concentración, Yandot subió al puente de mando del rompehielos y ciento cincuenta personas retrocedieron, acobardadas unas, respetuosas y agradecidas otras. Aquello gustaba a Yandot que se complacía en doblegar a su voluntad las almas de aquellas débiles criaturas.

Nadie había muerto aún, a pesar de que sólo habían podido embarcarse muy escasas provisiones para un número tan crecido de bocas que alimentar. Entre los ciento cincuenta hombres se contaba la tripulación del rompehielos y algunos soldados que llegaron a la isla para relevar a la guarnición, pues un capricho de la extraña naturaleza de Yandot hacía que prefiriese hombres antes que cadáveres que de nada podían servir. Sólo los directores, los capataces, los empleados administrativos y los soldados y marineros que se resistieron habían encontrado la muerte a manos de los vengativos forzados.

El rompehielos avanzaba penosamente a través de los hielos, y no tardaría en quedar completamente inmovilizado: no parecía sino que todos estuvieran condenados a morir.

Hasta entonces, nadie sabía la existencia del *Kipsedón*. Tampoco podían imaginar que fueran a constituir una ayuda inapreciable para los tacomis errantes, en busca de un mundo habitable para sus mayores. Menos aún podían sospechar que Yandot fuera un ser de otro planeta, pese a haber sido testigo de la aparición sobre el campamento de aquella esfera opaca.

Dimitri Kazan era el principal ayudante de Yandot. Kazan había contribuido a la sublevación del campamento de prisioneros. Él fue quien condujo a sus compañeros, una vez Yandot hubo escapado

misteriosamente de su encierro. Kazan y Müller, y con ellos el polaco y el húngaro, eran los únicos, quizás, que sospechaban algo de la verdad del poder sobrenatural que parecía poseer el hombre rojo. Los dos primeros habían visto lanzar a Yandot una pequeña granada y acto seguido volar desintegrada toda una casa. Habían visto disparar a Yandot su extraña pistola y pasaron por encima del cadáver carbonizado de un soldado. Habían visto, en fin, la esfera opaca suspendida sobre el campamento y el devastador efecto de unos chorros amarillentos de luz que consumieron en unos segundos las construcciones del campamento.

El rompehielos iba al garete prisionero de los hielos árticos. Mataban focas de vez en cuando; pero morían lentamente de inanición y de frío.

Dicen que las mujeres tienen más resistencia que los hombres, pero esto no explicaba que Niva y Olga no cayeran de debilidad. Era Yandot quien se cuidaba personalmente de su alimentación. Sin embargo, estaban convencidos de que al cabo de otra semana estarían todos muertos… pero no murieron, pues fue entonces cuando vieron el extraño Objeto Azul.

Había niebla, una niebla que no tendría más de veinte pies de profundidad y podían subir al puente superior del rompehielos y mirar por encima de ella. Fue así como vieron por primera vea el *Kipsedón*.

—¡Ballena azul a proa! —gritó débilmente el vigía.

Niva y Olga corrieron al puente superior como si corriesen ante el público de un teatro de variedades. La mayor parte de los hombres las imitaron, algunos arrastrándose y diez de ellos no pudieron llegar hasta allí. Yandot surgió, andando lenta y reposadamente, vestido con un traje de azulado brillo. Era la primera vez que lo veían sin los harapos que lo recubrieron hasta entonces. Tenía una presencia imponente y todos se apartaron a su paso.

Miraron el extraño Objeto Azul largo rato y se sintieron fuertemente intrigados. No se trataba de ballena alguna, ni tampoco de una roca.

Era algo extraño, algo de doscientos metros de diámetro, luminoso y brillante, que se destacaba de una alfombra de niebla gris. Su forma era la de un gigantesco platillo casi esférico, terminado en su parte superior por una especie de cúpula, y su color el de un cristal azul opaco.

Todos lo contemplaron conteniendo la respiración.

Un crujido formidable les sacó de su ensimismamiento. El casco

del rompehielos se abrió de repente sin previo aviso. Se oyó un chirrido de metal que se hunde, de remaches que saltan y los gritos ahogados de los hombres demasiado débiles para subir a cubierta y que estaban cogidos debajo.

—¡Sacad a esos hombres! —ordenó Yandot.

No quería que murieran, pues los muertos no le servían de nada.

Eran diez los hombres que quedaron debajo de cubierta. Sacaron a seis, pero cuatro estaban aplastados y muertos.

El hielo estaba amontonado contra una isla de roca y eso fue o que provocó la catástrofe del rompehielos, según no tardaron en descubrirlo.

La isla de roca era tan lisa como un guijarro, sin vegetación alguna, ni siquiera tierra. Se deslizaron por su superficie en medio de la niebla y hallaron aquel lugar más inhospitalario, frío y tétrico que lo que creían que nada podía ser.

Todos anhelaban la muerte, excepto Yandot, Müller, Kazan, el polaco y el húngaro.

—¡Descansad! —ordenó el hombre rojo. Y sus ojos ardían en el fondo de las órbitas—. ¡Esperad y descansad!

Se volvió y les miro fijamente a todos, uno tras otro.

—Ninguno de vosotros debe acercarse al *Kipsedón Azul* —dijo con autoridad.

No les dijo lo que les ocurriría si desobedecían. No profirió amenaza alguna. No acostumbraba a lanzar amenazas físicas. Nadie le había oído nunca hacerlo, pues es cosa fácil amenazar el cuerpo de un hombre; pero resulta difícil explicar las cosas terribles que pueden suceder a su espíritu. Esa clase no sería convincente y más bien parecería necia.

Pero todos sabían a qué atenerse y él sabía también que nadie, a excepción de un hombre solo, se acercarían al Extraño Objeto Azul, pues no en vano había ejercido su poder sobre ellos durante semanas enteras.

Y Yandot echó a andar hacia el *Kipsedón*.

Éste se había confundido ya con la niebla. El tacomis anduvo lentamente, dando, al parecer, cada paso con gran cuidado, pues estaba más débil que sus compañeros. Desde el principio tomó menos alimentos que cualquiera de ellos, porque no deseaba verlos morir. Eran suyos, sus instrumentos, y los apreciaba como un carpintero aprecia sus mejores cepillos y sierras, aunque en mucho mayor grado.

Así, pues, les había dado la mayor parte de su ración para conservarles la vida y poder servirse de ellos en el futuro. Hubiera

podido pedir auxilio al *Kipsedón*, como había hecho para destruir la colonia de prisioneros, pero sabía cuan escasos de comida estaban los tacomis.

En el extremo de la desolada isla de roca gris, el viento había barrido toda la nieve, pero hacia el interior ésta era espesa y casi impracticable para un hombre que no llevara raquetas en los pies. Debía haber estado nevando copiosamente aquellos últimos días. Es dudoso que un hombre fuerte, valiente y bien alimentado hubiera podido cruzar aquella nieve hasta el Extraño Disco Opaco, pero Yandot lo logró y, al llegar frente a aquella cosa fantástica, emitió un gruñido sordo.

Los forzados de Sibiriakof vieron desaparecer a Yandot en la niebla. Los cuatro cabecillas de los ex prisioneros se reunieron aparte. Tal vez fuesen los que más vitalidad mantuvieron y los únicos capaces de comprender el misterio que rodeaba al hombre rojo.

—No cabe la menor duda —dijo el alemán—. Estamos en presencia de uno de esos misteriosos platillos volantes de los que tanto se ha hablado en estos últimos tiempos. Muchas veces he podido sorprender la emisión de noticias de estaciones europeas y americanas cuando trabajaba en el local de la radio de la isla. Estoy por asegurar que Yandot es un hombre de otro planeta.

—¿Y cómo puede haberse adaptado tan fácilmente a nuestro clima? —quiso saber el húngaro.

—Tal vez su país de origen tenga las mismas condiciones climatológicas que la Tierra —insinuó Müller.

—De todos modos es sorprendente —manifestó Kazan—. ¿Os acordáis de aquella esfera que permaneció suspendida sobre el campamento y que luego se alejó dejando en el cielo un inmenso rastro azul? Estaba compuesta del mismo material que ese Extraño Disco Azul, y también el traje que ahora lleva Yandot parece haber sido fabricado de idéntico material. Y el fusil eléctrico, y las explosiones, y los rayos de fuego, y sus facultades portentosas de adivinación, todo concuerda.

—¿Qué crees que hará con nosotros? —preguntó Mihaly el polaco—. Estoy verdaderamente intrigado. Temo, sin embargo, que quiera emplearnos como cobayas en alguno de sus experimentos extraterrestres.

—Yo confío en él —dijo Foldvar el húngaro, dando patadas en la nieve para calmar el frío que atenazaba todos sus músculos.

—Voy a investigar —exclamó el ruso.

—No lo hagas —opuso el alemán—. Yandot podría tomarlo a

mal, y yo me cuidaría de desobedecer alguna de sus órdenes.

—De todos modos yo no aguanto esta incertidumbre. Esperadme.

—Seguro que estaremos aquí —sonrió burlón el húngaro—. Pero puede que tú no regreses para verlo.

Kazan se encogió de hombros y siguió las huellas de Yandot. Desapareció entre los jirones de nieblas grisáceos arrastrados por el viento.

Tras ímprobos trabajos consiguió llegar medio rendido hasta el Extraño Objeto Azul. Empezó a darle la vuelta, sin hallar la entrada. Miró ante todo en la base, pero las paredes azules que parecían de cristal se confundían con la roca. Dimitri Kazan clavó las uñas en aquella superficie azul que era tan dura y fría como el acero. Acercó la cara e intentó mirar a través de aquella sustancia, fuese lo que fuese. Tenía aparentemente cierta transparencia, pero no logró ver nada.

A continuación, Kazan dio la vuelta completa al disco sin hallar puerta, ni ventana, ni abertura de ninguna clase.

El disco no estaba hecho de acero ni siquiera de grandes planchas de aluminio. Parecía ser de una sustancia sólida de naturaleza desconocida... No era de cristal ni tampoco de ningún metal conocido... Era algo misterioso...

Kazan estuvo largo rato para convencerse que no había allí puerta alguna. A continuación regresó al lado de sus compañeros. No se explicaba por dónde había penetrado Yandot en el Disco Azul.

* * *

El hombre rojo se había detenido ante el *Kipsedón*. Levantó un brazo en el aire y... un gran portal se abrió en la aeronave. El tacomis penetró en el interior y el lienzo azul se corrió a sus espaldas.

Soltó un gruñido gutural, saludando al tacomis de piel apergaminada que había accionado el mecanismo de entrada. Luego, sin vacilar, se dirigió al camarote de Vertex, el jeddad de los tacomis.

El anciano yacía en su lecho. Nunca, como entonces, se vio su rostro tan arrugado y cansado. Sólo los ojos aumentaron su brillo al mirar al joven tacomis que estaba erguido a su lado.

—¡Yandot! —exclamó, levantando la cabeza de la almohada—. Mis ojos se alegran de volverte a ver. Desde hace días he luchado con la muerte, sabiendo que tarde o temprano regresarías al

Kipsedón.

Se abatió nuevamente la cabeza, agotadas las energías que la mantuvieron en el aire unos segundos.

—He recorrido una parte muy pequeña de este planeta —dijo lentamente Yandot—. Me mezclé sin dificultad con las gentes que lo pueblan. Ya sabes que físicamente no se diferencian de nosotros. Son más cortos de estatura, menos fuertes y viven atrasados varios centenares de años respecto a nosotros. Su inteligencia no está muy desarrollada, pero su astucia no alcanza límites. Son crueles y vengativos. No están sometidos a un gobierno único, sino que viven divididos manteniendo una lucha enconada por la supremacía mundial. No podrían oponer una resistencia considerable a una invasión procedente de otro planeta. He estado en una región inhóspita que llaman Siberia, que no obstante reúne excelentes condiciones de vida para los tacomis. He convivido con prisioneros de muchas nacionalidades y he escuchado sus conversaciones una y otra vez. He leído sus libros y he oído sus emisiones de radio. Todo ello me ha llevado a juzgar con cierta exactitud las condiciones de vida de estos hombres que llaman Tierra a su planeta, y Sol al Bonz.

Vertex levantó una mano deteniendo las explicaciones del joven tacomis.

—Aguarda, Yandot —murmuró—. Durante muchos *bonzs* navegamos por el espacio buscando un planeta que reuniera las mismas condiciones de habitabilidad que Tacom. Lo hemos encontrado, pero yo pregunto: ¿Son felices los hombres que lo pueblan?

Yandot denegó con la cabeza.

—No hay ningún ser feliz. Tampoco en Tacom lo encontraríamos, según has dicho tú, oh, Vertex repetidas veces. Pero hay millones de seres en la Tierra que viven oprimidos bajo la más abyecta esclavitud. No perderían mucho si nuestras naves cayeran sobre este sistema planetario.

—He enviado las esferas volantes a las regiones más apartadas de este mundo siguiendo el consejo de mis capitanes. He examinado día y noche las cintas de colores impresionadas. He visto sus ciudades y sus campos. Es un planeta joven, Yandot, ¿pero cómo regresar a Tacom si todos somos viejos? ¿Cómo participar a nuestra Humanidad la existencia de la Tierra? Dudo que podamos regresar. Pienso que si alguna vez pisamos nuestro Tacom habrán transcurrido tantos miles de años que ya nada quedará de nuestro planeta. Y si aún existiera, los hombres antena o los hombres amarillos de Tumpa se habrán asentado en él esclavizando a los

tacomis. Es la ley de los espacios.

Yandot asintió, sin contestar.

—Me quedan pocas horas de vida —murmuró el anciano—, y antes de morir quisiera ver personalmente a un habitante de este planeta. Durante tu ausencia hemos tenido que destruir varios aparatos que volaron demasiado cerca del *Kipsedón.* Hemos capturado a ocho terrestres, todos los cuales, excepto uno, están todavía bajo el efecto de los gases anestésicos. Hay una mujer entre ellos. Tráela también.

—Tus órdenes serán cumplidas —repicó Yandot—. Debo comunicarte una noticia que creo será grata para ti, jeddad. He traído conmigo ciento cincuenta habitantes de este país. Ellos podrían ir sustituyendo a nuestros navegantes a medida que fueran aprendiendo el manejo de los instrumentos de a bordo. Ellos podrían ayudamos a volver a Tacom. Su existencia es muy limitada, pero con cuidados especiales podríamos hacer que vivieran más de cien años. Están junto al campo de hielo. Solicito tu permiso para hacerlos entrar en el *Kipsedón.*

—Puedes hacerlo —convino el anciano—. Parno se puede encargar de ellos. Luego que haya visto a los terrestres convocaré consejo de capitanes. No faltes.

Vertex entrecerró los ojos, y Yandot, comprendiendo que el jeddad deseaba quedarse nuevamente solo, saludó, llevándose la mano al pecho, y salió de la estancia.

Se dirigió por un ancho y resplandeciente corredor hasta un ascensor que lo dejó en el quinto piso de la astronave. Se cruzó con varios tripulantes, todos de cabellos blancos, piel sarmentosa y figura encorvada. Todos vestían igual: Un traje de amianto y kass cerrado hasta el cuello, muy ligero. Este traje, con la adición de unos guantes especiales y de una escafandra de kass, el material de que estaba construido el *Kipsedón*, protegía al hombre que lo llevase de la radioactividad y de la acción de los rayos paralizadores, de los gases asfixiantes y de los rayos ígneos. Tan sólo no resistían el efecto de los rayos desintegradores tacomis, que también empleaban los hombres antena.

Yandot se detuvo ante la puerta que interceptaba el paso a la cámara donde se hallaban los terrestres. Al acercarse, una célula fotoeléctrica puso en funcionamiento el mecanismo que movía la puerta, un trozo de lienzo de la pared del corredor se corrió suavemente. Yandot dio dos pasos hacia adelante. Instintivamente presintió el ataque de que iba a ser objeto, pero su rápida intuición no pudo librarle del golpe que descargó sobre su cabeza. Cayó hacia

adelante...

CAPÍTULO VII

DESPERTAR

D
erek Bedford cerró nuevamente los ojos y buscó apoyo en la pared.
—No es posible —murmuró—. ¡Todo es un sueño!
Sintió que las rodillas le temblaban y que un espantoso terror le atenazaba la garganta. Aquello era demasiado fuerte, incluso para él, que no recordaba haber sentido auténtico miedo ante nada.

Creyó que había estado sometido a una cegadora luz azulada, pero esto sólo era debido a una ilusión óptica que persistía todavía, cediendo poco a poco.

Abrió los ojos y volvió a mirar a su alrededor. Indudablemente la impresión de haber estado sometido a la influencia de una luz azulada se debía a que la estancia estaba alumbrada por varias lámparas que esparcían una luz de aquel color. Entonces vio al hombre de hombros anchos y de mediana estatura. Tenía cárdenas bolsas debajo de sus ojos y su cabello estaba recortado al cepillo. Su voz no mintió, anticipando que se trataba de un hombre joven.

Pronunció unas cuantas palabras ininteligibles. Vestía un traje extraño de brillo vítreo, pero opaco cerrado, hasta el cuello. Sobre el pecho llevaba dibujado un sol amarillo, que se destacaba sobre el fondo azul del traje.

A Derek no le cupo duda de que se encontraba frente a uno de los tripulantes de aquel platillo volante que permanecía inmóvil sobre el campo de hielo en el cual se vieron obligados a aterrizar.

—¿Quién es usted? —preguntó, echándose hacia atrás.

Cosa rara. El individuo sonrió de oreja a oreja. Tenía el mismo aspecto que cualquier otro hombre terrestre.

—¿Norteamericano?

Derek soltó un respingo.

—Mi nombre ser Sergio Yemeneff —dijo en mal inglés y con terrible acento el desconocido—. Yo ser prisionero como usted.

—¿Ruso?

El joven asintió.

—Comandante de un TUG-75. Mi aparato caer… ser atraído por fuerza terrible, fuerza magnética… chocar. Yo, único superviviente. Sin heridas. Mucha suerte.

Derek se pasó la mano por la frente. Ésta le ardía.

—¿Cuánto tiempo he permanecido sin conocimiento? ¿Tiene usted alguna idea sobre este fantástico disco volante?

—Estar aquí encerrados cinco… seis días. Tal vez más. No saber gran cosa. Hombres altos mucho. Caras muy estropeadas… arrugadas… —hizo con las manos una especie de retorsión—. Yo no comprender muy claramente. Sospechar ser hombres de otro planeta. Yo no saber. ¿Camaradas? —inquirió señalando hacia un lado.

Derek se volvió. En una litera vio la mancha pálida del bellísimo rostro de Lanca Hoppel, hija del profesor y esposa suya. También vio al resto de la escuadrilla del RB-47-E: Fred Wilson, piloto; Tom Morse, navegador, y Jim Shandon, radiotelegrafía. En otra litera yacía John Garry, sargento técnico en radar. Más allá se veía al profesor Hoppel. Todos durmiendo el pesado sueño de la inconsciencia.

Fuertemente impresionado por el profundo silencio reinante, por aquellas personas yacentes y por la pálida luz siempre fija que daba a la estancia la apariencia de un depósito de cadáveres, Derek Bedford comprendió que su destino y el de todos sus compañeros había sufrido un rudo golpe.

—Estar unidos ante el infortunio —dijo la voz del ruso—. Yo amigo.

Yemeneff extendió con timidez su diestra, que el americano estrechó cordialmente.

—Soy el capitán Derek Bedford, de la Air Force.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha ocurrido?

Era la voz de John Garry.

—¡Diablos! ¿Qué es esto?

El sargento se hallaba sentado en su litera mirando con ojos sorprendidos a su alrededor.

—¿Estamos embarcados en algún buque, capitán?

Derek movió negativamente la cabeza.

—Algo mucho peor, Garry. Nos hallamos a bordo de un platillo volante de extraordinarias dimensiones.

—¡Diablos! —repitió el sargento, rascándose la coronilla—. ¿Y quién es ese tipo? ¿Un marciano?

—No. Es el comandante Yemeneff. Un prisionero como nosotros.

—¡Vaya! ¡Hasta en Marte tropezamos con los rusos!

—El comandante Yemeneff es un amigo, sargento —dijo Bedford, a quien, no obstante, le hizo gracia el comentario de Garry —. En las actuales circunstancias debemos aunar todos nuestros esfuerzos para salir con bien de este trance. Ayuda a despertar a los demás. Parece que les ha dado más fuerte que a nosotros.

El sargento saltó al suelo. Se tambaleó levemente.

—¡Uf! Estoy mareado. ¿Qué nos hizo perder el sentido?

—Probablemente algún gas anestésico, pero inofensivo —contestó Derek, inclinándose sobre Lanca.

Emitió un imperceptible suspiro. Su esposa continuaba siendo una mujer verdaderamente hermosa. Sus mejillas estaban pálidas, pero su pecho subía y bajaba en acompasada respiración. La cabellera endrina suelta sobre la almohada enmarcaba su semblante de tez morena. Tuvo que contener el impulso que le arrastraba a besar aquellos labios que se le ofrecían como un capullo de rosa.

Le dio varios golpecitos en las mejillas con las puntas de los dedos. Lanca empezó a dar señales de vida.

—¡Ah, maldita sea! —gritó la voz del teniente Wilson—. ¡Ya me figuraba yo que los motores no podían dejar de funcionar así como así!

—Tranquilícese, Wilson —dijo Bedford—. Por más gritos que dé no podrá remediar lo que ocurre.

—¿De veras cree eso? ¡Pues se equivoca! ¡En cuanto entre aquí el primer marciano le echaré las manos al cuello y le obligaré a que nos conduzca a Thule o a mi pueblo, de donde no debía haber salido jamás! ¡Vaya si le obligaré!

Derek se encogió de hombros y ayudó a Lanca a incorporarse. La joven miraba a su alrededor con asombro. Al percatarse de que estaba sostenida por Derek, le dirigió una mirada de desconfianza y se soltó de sus brazos. El capitán se separó de su lado y se acercó al comandante Yemeneff, que estaba hablando con Tom Morse y Jim Shandon, ya repuestos. El sargento Garry informaba al profesor de lo que ocurría. Lanca oyó lo que decía John Garry.

—¿Es eso verdad? —preguntó, encarándose con Fred Wilson.

—Ya lo creo —afirmó el teniente—. Nos hallamos a bordo del disco que descubrimos desde el aire y sospecho que en calidad de prisioneros. Nos han tenido por lo menos cinco días privados del sentido.

—Dicen que son hombres viejos —susurró Lanca—. Me horroriza pensar que pueda tratarse de seres carentes de sentimientos, fríos… usted ya sabe lo que quiero decir.

—No tema, señorita Hoppel. Si llegara la ocasión daría gustoso la vida por usted.

Lanca recompensó con una sonrisa encantadora al galante aviador. Por desgracia aquella sonrisa no pasó desapercibida para Derek, que sintió un extraño vacío en el estómago.

—Su padre —comentó Fred Wilson— parece resplandecer de felicidad.

—No lo juzgue mal —dijo la joven—. Mi padre es capaz de darlo todo en pro de la ciencia y de la investigación.

Así era en efecto. El sabio astrónomo estaba emocionado. Recorría la estancia examinando uno por uno todos los objetos que hallaba a su paso. Tom Morse le seguía escuchando con interés las explicaciones que el profesor daba con prodigalidad.

—¡Atiza! ¿De dónde ha salido ése? —exclamó Jim Shandon.

Se volvieron todos hacia el lugar que señalaba el cabo radiotelegrafista.

Vieron a un hombre vestido con un traje idéntico al que llevaba el ruso, alto de estatura, ligeramente encorvado. Su cabeza estaba coronada por una masa de cabellos blancos y lacios. Tenía el rostro surcado de arrugas, la nariz aguileña y la mandíbula angulosa. Pese a la ancianidad que se desprendía de su persona, mantenía una apostura altiva y serena y sus ojos brillaban con el fulgor de la juventud.

Aquel hombre les dirigió una mirada escrutadora. No llevaba en sus manos sarmentosas ninguna clase de arma, pero de su ancho cinto pendía un objeto que por su forma parecía una pistola.

El anciano volvió la cabeza y moduló unas palabras guturales. Por la puerta que misteriosamente se había corrido en la pared aparecieron otros tres ancianos llevando en sus manos varios trajes de aquel material que parecía estar compuesto de plástico, vidrio y acero. Los dejaron sobre una litera e hicieron señas significativas al grupo reunido en medio de la grandiosa estancia. Luego, sin que pronunciaran una palabra más, se retiraron y un trozo de pared se corrió silenciosamente cerrando la salida.

Wilson y el sargento Garry corrieron hacia la puerta.

—¡Por mi abuela! —exclamó el sargento—. Aquí no se ven señales de ninguna cerradura.

—No existe —dijo el profesor—. La puerta se abrirá por medio de un mecanismo eléctrico. Tal vez una célula fotoeléctrica. Bien. Creo que está claro lo que han querido indicar con sus gestos. Debemos ponernos estos trajes, nos vendrán un poco holgados, pero son cómodos y ligeros.

—¡Yo no acato órdenes de esos viejos!

—No juzgo razonable su actitud, teniente Wilson —reconvino el profesor—. Esos viejos, como ha dicho usted, parecen bien dispuestos hacia nosotros. Si quisieran hacernos algún daño, no nos habrían dejado acercar al disco volante.

—Pues a pesar de todo yo…

—Obedezca, teniente —ordenó Bedford—. El profesor tiene

razón.

Wilson, de mala gana, cogió uno de los trajes. Lanca se volvió de espaldas mientras los hombres procedían a intercambiar su vestimenta.

—Aquí hay uno para usted —dijo en tono irónico Wilson—. Le hemos dejado el más pequeño. De todos modos, no crea que le vendrá grande. Estos trajes se adaptan al cuerpo como si fueran de goma. ¡Es asombroso!

Ahora les tocó a los hombres volverse de espaldas. Derek advirtió las sonrisas de sus compañeros. Él mismo sintió tentaciones de volver la cabeza, pero consiguió reprimirlas como los demás.

—Bueno. Ya estamos todos vestidos como para un baile de máscaras —dijo Tom Morse, el copiloto—. E imagino que no nos van a faltar emociones.

—Tú lo has dicho —exclamó el impetuoso Wilson—. Yo también saco deducciones como el profesor. Si nos han vestido con sus ropajes quiere decir que no piensan dejarnos morir de hambre. Si no quieren que fallezcamos de inanición y por falta de vitaminas, vendrán a traernos comida. Sí vienen a traernos comida, esa puerta invisible se abrirá. Y si se abre, el teniente Wilson estará situado a un lado para partirle el cráneo al primero que entre. ¡Palabra mía! Yo no aguanto más tiempo en este condenado disco volante. Me da la impresión de que vayamos a servir de conejos de Indias a esos vejestorios marcianos.

—No son marcianos —dijo el profesor.

—¿En? ¿Cómo lo sabe usted?

—Muy fácilmente. Es seguro que la presencia de esta astronave se debe a un viaje de exploración. Es dudoso que viniendo de Marte embarcaran ancianos, dado que el viaje es relativamente corto. La naturaleza de esos hombres me convence de que vienen de más lejos. Tal vez de otra galaxia.

—¿Quiere decir que han envejecido viajando a través de los espacios? —preguntó extrañado el capitán Bedford.

—Ni más ni menos, eso es lo que quiero decir.

—Sean marcianos, venusinos o de la constelación de Sagitario —se burló Wilson—, también es seguro que deben tener la cabeza tan frágil como nosotros los terrestres. Al primero que entre se la abro de un puñetazo o de un estacazo, si encuentro algo con que pueda aporrear.

—No creo prudente su actitud —volvió a decirle el doctor Hoppel.

—Dejemos las violencias aparte, Wilson, y aguardemos con

calma los acontecimientos.

—¿Esperar con calma, señor, cuando nuestra piel está en juego? Debemos escapar antes de que sea demasiado tarde. Y demasiado tarde será si este platillo emprende el vuelo, alejándonos para siempre de la Tierra. Y yo tengo mi novia en Nueva York, señor.

—Tal vez las mujeres de estos hombres sean bellezas arrebatadoras —sonrió irónico el teniente Morse.

—Demasiado altas para mi gusto —dijo sonriendo John Garry.

—A mí me gustan las altas —intervino el cabo Jim.

—¡Silencio, estúpidos! —gritó Wilson—. Podéis reíros lo que queráis ahora. Dentro de poco no lo podréis hacer. Primero nos someterán a observación. Luego nos abrirán poco a poco para examinar nuestra constitución anatómica. Por último, nos serrarán el cráneo para estudiar nuestro cerebro y disertar durante horas sobre la poca inteligencia de los terrestres que se dejaron atrapar como incautos. Ahora estamos vivos y asentados sobre el Polo Norte. Si logramos escapar, probablemente los aparatos de la base Thule nos encontrarán, cosa que no ocurrirá si permanecemos quietos… esperando los acontecimientos.

Los semblantes de los hombres estaban serios. Las palabras de Wilson, no desprovistas de razón, les había hecho ver en cierto modo el peligro que corrían de no volver a pisar la Tierra.

—Me parece que el teniente tiene razón —dijo el sargento Garry, amigo también de la violencia—. ¿Para qué esperar que los marcianos o lo que sean den el primer paso? Quien pega primero da dos veces.

—Estoy de acuerdo con Wilson, capitán —manifestó Morse.

Jim Shandon, tras una breve vacilación, bajó la cabeza.

—Analizando bien la situación —murmuró—, creo que no nos queda otra salida.

—Bien, muchachos —dijo Derek, con la mano en la barbilla—. En este caso no quiero opinar. Seguiré la voluntad de la mayoría. Nos abriremos paso hasta el campo de hielo, mas mucho me temo que no lo consigamos; pero por lo menos habremos puesto de nuestra parte lo indispensable para tranquilizar nuestras conciencias en el caso de que ocurra lo peor.

—Yo estar con usted, camarada —dijo el comandante Sergio—. Yo perder TuG-75 y tripulación. Tener cuenta pendiente con los tripulantes de este disco volador.

Todos se volvieron hacia el profesor.

—Sé lo que ustedes están pensando, pero a pesar de todo yo me quedo.

—Cada uno es libre de hacer lo que le venga en gana —dijo Derek, encogiéndose de hombros—. Pero no querrá que Lanca siga su misma suerte, ¿verdad?

—Yo me quedo con papá —dijo con acento resuelto la joven.

Derek abrió la boca para argüir algo, pero cambió bruscamente de parecer. Se encaró con sus hombres.

—Buscad objetos contundentes —ordenó—. Tenemos que apoderarnos de las armas que llevan colgadas de sus cintos. ¡Su manejo debe ser sencillo! Manos a la obra.

Momentos después, los cinco americanos y el ruso estaban en disposición de hacer frente a sus enemigos. Se dividieron en tres parejas y se turnaron en la vigilancia de la puerta.

Pasaron cuatro horas de nerviosa y ansiosa espera. De repente, cuando Wilson y el sargento Garry, los dos más fuertes del grupo, se hallaban apostados junto a la puerta, ésta, o mejor dicho la pared, se corrió suavemente dejando una abertura por la que penetró uno de aquellos hombres de traje azul. El teniente Wilson descargó la barra de la que se había provisto sobre el cráneo del gigantesco ser.

El individuo debió presentir algo de lo que se le venía encima. Ladeó la cabeza, al tiempo que se dejaba caer hacia adelante para amortiguar el golpe. Sin embargo, no pudo evitar que la barra de Wilson le rozara el cráneo, dejándole aturdido.

John Garry levantó su brazo blandiendo una especie de cachiporra y atacó con fiereza.

Yandot, pues de él se trataba, se protegió con el brazo izquierdo parando el golpe. Luego estiró las piernas y derribó a Wilson, alcanzándole en los tobillos. Rodando sobre sí mismo se alejó de Garry, que le siguió tratando de asestarle el golpe definitivo que acabara con él, mientras Bedford y los demás, exceptuando el profesor y su hija, corrían en ayuda de sus compañeros.

Yandot se puso de rodillas. Flexionó violentamente el cuerpo hacia atrás al atacar el sargento. Consiguió hacer presa en la muñeca del americano y se la retorció fuertemente. La porra cayó al suelo. El tacomis se puso en pie sin soltar su presa. Lo golpeó entre los ojos con la mano abierta. Garry se desplomó como si hubiera sido alcanzado en el corazón por un disparo.

Wilson hizo varios molinetes con su barra sin comprender cómo aquel extraño ser podía esquivarlos. De súbito, se sintió arrojado como una pelota contra sus compañeros que llegaban corriendo. Wilson cayó, arrastrando en su caída a Morse y Yemeneff.

Derek y Jim Shandon se abalanzaron sobre Yandot, esgrimiendo únicamente sus puños. Los acontecimientos se sucedieron con

rapidez entonces. Un instante Yandot se halló bajo la punta de sus dedos, parecía imposible que dejaran de cogerle. Pero un instante después, el Hombre Rojo les esquivó con rapidez increíble y el capitán y el radiotelegrafista se encontraron agarrados el uno al otro.

Dando la vuelta, los dos americanos volvieron a cargar contra Yandot. Cuidadosamente esta vez y decididos, Wilson tapaba la puerta mientras Yemeneff y Morse se incorporaban y avanzaban con precaución.

De pronto, Yandot dio un fantástico salto y cayó sobre Wilson. El teniente salió trompicado, rodó por el suelo y quedó inmóvil casi a los mismos pies de Lanca Hoppel y del profesor, que miraban impresionados la rápida lucha.

Yandot quedó plantado en el umbral de la puerta, mirando a los cuatro hombres que ahora avanzaban amenazadoramente hacia él.

—No podréis escapar —dijo en ruso—. Será mucho mejor para vosotros que depongáis vuestra actitud. Si lo hacéis se os tratará con toda clase de atenciones. Yandot lo promete. No abrigamos ningún mal contra vosotros. Es más, necesitamos vuestra ayuda.

El comandante Sergio tradujo en su defectuoso inglés las palabras de Yandot.

—Ya lo decía yo —dijo el profesor Hoppel—. Estos hombres no han venido a la Tierra en plan de conquista, sino por mero accidente. Necesitan nuestra ayuda. Será mejor que le obedezcamos.

Derek depuso su actitud hostil.

—Dígale, Yemeneff, que estamos dispuestos a prestarles ayuda si nos prometen la libertad.

El ruso tradujo estas palabras a Yandot. El Hombre Rojo respondió con viveza.

—Dice —manifestó el comandante ruso— que él no poder prometer libertad, pues no ser jefe... Querer que la señorita Hoppel y usted, capitán, salir y hablar con jefe.

—¿Por qué Lanca?

—Decir que jefe muy... anciano, querer ver mujer terrestre. Ser moribundo.

—Está bien. Dígale que accedemos a ir a ver a su jefe.

Wilson y Garry recobraban el conocimiento y miraban con ojos estupefactos a Yandot. Era incomprensible para ellos que un solo hombre hubiera hecho frente con éxito a media docena.

Yandot hizo un gesto con la mano y Derek cogió del brazo a su mujer, pero ésta se soltó y echó a andar delante de él. Salieron de la sala y la puerta se cerró a espaldas de Yandot.

El Hombre Rojo les condujo por el corredor, envuelto en un silencio ominoso, hasta un ascensor que los dejó en el piso duodécimo. Se cruzaron con varios tripulantes de piel arrugada, que no parecieron fijarse en ellos.

Yandot apretó un botón situado junto a una puerta y ésta se deslizó sin producir el más mínimo chirrido, dejando ver el interior de una cámara amueblada con sobriedad y repleta de extraños aparatos. Al fondo, entre unos cortinajes, descubrieron un lecho y en él la figura de un hombre.

Yandot pronunció unas cuantas palabras en un idioma gutural y desconocido, y desde el lecho respondió otra voz más débil y en el mismo idioma. El Hombre Rojo cogió dos sillones extraordinariamente ligeros y los acercó a los cortinajes, haciendo señas a los dos americanos para que se sentaran. Derek y Lanca obedecieron y Yandot salió de la estancia.

Derek miró la figura yaciente. Aunque no tenía nada en su fisonomía que revelase al primer vistazo nada superior o inferior al hombre, el asombro que experimentó ante su aspecto se mezclaba a un sentimiento de respeto y de terror irresistibles. Era aproximadamente de su estatura. Estaba bien proporcionado; pero su constitución no anunciaba ni un vigor particular ni nada notable. Pero era la singularidad de la expresión que reinaba sobre su rostro, era la intensa, terrible y sobrecogedora evidencia de la vejez, tan completa, tan absoluta, lo que creaba en su espíritu un sentimiento y una sensación inefables. Su frente, muy arrugada, parecía llevar el sello de una miríada de años. Sus cabellos blancos eran archivo del pasado y sus ojos negros eran sibilas del porvenir. Aquel anciano, el jefe de aquella extraña aeronave, murmuró en voz baja y penosa algunas sílabas en lengua desconocida, y aunque Derek estaba muy cerca, le pareció que su voz llegaba a sus oídos de una distancia de una milla.

El anciano alzó la cabeza de la almohada, clavando su mirada en Lanca, la cual se agitó inquieta en su asiento. Instintivamente, la joven agarró el brazo de Derek, como buscando en él protección. Y el capitán sintió entonces una oleada de calor y ternura que invadía todo su ser.

De pronto se oyó un pequeño zumbido y una pantalla de televisión se iluminó a la derecha de ellos y enfrente del lecho del anciano. Derek y Lanca miraron, con la respiración contenida, la escena que apareció en la pantalla. Vieron un campo de hielo azotado por la ventisca. Jirones de niebla arrastrados por el viento pasaban ante sus ojos como nubes sin forma. Por el campo de hielo,

doblegándose ante la furia del huracán, avanzaban muchos hombres cubiertos de pieles. Al aproximarse más, los dos jóvenes reconocieron en el que iba delante al hombre que les había conducido hasta allí. A su lado caminaban dos mujeres, una de ellas de rostro muy hermoso, y detrás marchaban penosamente hombres de distintos rasgos físicos.

Lentamente la comitiva pasó ante la cámara de televisión. Un minuto después la pantalla quedaba nuevamente a oscuras.

Derek se preguntó quiénes serían los hombres que marchaban en pos del gigante de músculos tan vigorosos. Claramente habían visto que se trataba de hombres terrestres pero, ¿de dónde procedían? ¿Qué hacían en aquel campo de hielo?

Una voz gutural dijo algo a sus espaldas. La pareja se volvió sobresaltada. Era el Hombre Rojo. El anciano acostado en el lecho respondió con unas cuantas palabras del todo incomprensibles. El joven que había entrado saludó e hizo una seña significativa a Derek y a Lanca. Éstos le siguieron fuera de la cámara.

El rápido ascensor los dejó en el piso donde se hallaban los demás del grupo. El corredor circular estaba atestado de hombres que vestían parkas y chaquetones de pieles. Eran los que vieron en la pantalla de televisión. Y estaban entrando en la sala donde habían despertado varias horas antes. Varios de aquellos extraños seres de figura encorvada les guiaban y les despojaban de sus armas conforme penetraban en la espaciosa sala.

Penetraron con el joven que les acompañaba, reuniéndose con el profesor y los demás.

El Hombre Rojo llamó a unos cuantos hombres de los que Derek y Lanca habían visto en el campo de hielo.

Kazan, Müller, el húngaro y Mihaly miraron con extrañeza a los americanos, escuchando las explicaciones de Yandot. Sergio Yemeneff tradujo las palabras del Hombre Rojo.

—Éstos ser los jefes de todos esos hombres. El Hombre Rojo llamarse Yandot. Decir que el gran Vertex, jefe del *Kipsedón*, nombre de esta astronave, estar ilusionado con presencia de mujeres en el *Kipsedón*. Querer que ocupen un camarote particular. No hacer ningún daño. Haber amistad. Traer comida.

—Pregúntele qué se proponen hacer con todos nosotros —dijo Bedford.

Sergio habló con Yandot, el cual contestó con unas cuantas palabras guturales. El ruso se volvió, explicando:

—Haber consejo de capitanes. Él no saber. Pero pronto decir nuestra suerte. Entre tanto, esperar pacientemente.

—Creo que es mejor obedecer, Derek —dijo el profesor—. Estoy seguro de que no causarán ningún daño a Lanca.

El capitán se encogió de hombros. Lanca y las dos mujeres que habían llegado del campo de hielo siguieron a Yandot. La puerta del gigantesco camarote se cerró silenciosamente, dejando sumidos en la incertidumbre más completa al grupo de americanos. Müller señaló al grupo y dijo:

—Son aviadores americanos.

—Ahora son prisioneros como nosotros —replicó Kazan.

—Prefiero ser prisionero aquí que en Sibiriakof.

—No os llaméis a engaño —manifestó el ruso blanco—. Aquí estamos tan prisioneros como en la isla. Pero es muy posible que podamos hacer valer nuestra condición de auxiliares de Yandot.

—¿Tienes algún proyecto? —inquirió el húngaro.

—Todavía no.

—¿Para qué nos habrá traído Yandot aquí?

—No lo sé; pero pronto lo averiguaremos. Ahora conviene recuperar fuerzas. Tal vez las necesitemos.

Ni Kazan, ni sus compañeros, ni los demás prisioneros, ni siquiera el grupo de americanos podían imaginar el destino que se les reservaba a bordo de aquel gigantesco y misterioso platillo volante. Si hubieran podido asistir a la reunión que se iniciaba en aquellos instantes en la cámara del jeddad del *Kipsedón* y hubieran entendido el lenguaje de los tacomis, tal vez sus pensamientos hubiesen derivado por otros derroteros y no se hubieran sometido tan pacíficamente a los designios de Yandot. Aunque, en verdad, bien poco podían hacer…

CAPÍTULO VIII

EL KIPSEDÓN

La estancia estaba alumbrada por una luz azulenca que esparcían varias lámparas fluorescentes en el techo. Una mesa de cristal se hallaba dispuesta en el centro y, a su alrededor, se sentaban los capitanes del *Kipsedón*.

Presidía la reunión el hijo mayor de Jumwha, Temoc, de rostro arrugado como la mayoría de los presentes. Pese a su avanzada edad, casi centenaria, se mantenía todavía fuerte y erguido. En realidad, estaba en la plenitud de la vida tacomis. Ancho de espaldas y algo encorvado, Temoc iba a ser, a la muerte de Vertex, el sucesor del jeddad del *Kipsedón*. A su alrededor estaban sus seis hermanos: Kanak, jefe de la artillería del *Kipsedón*; Rumbal, jefe de máquinas; Zanu, capitán de guerra; Utor, velador de las armas secretas; Parno, de cuarenta años, físico y médico; y finalmente, Yandot, el más joven, dotado de un cerebro extraordinario.

Los siete hijos de Jumwha contrastaban con los otros cinco miembros del Consejo de capitanes, ancianos todos, de facciones apergaminadas y cuerpos encorvados. Faltaba Vertex, el gran jeddad, cuyo final esperaban de un momento a otro. Yandot dio cuenta en pocas palabras de su estancia en Siberia y de su reclusión en el campo de forzados de Sibiriakof, así como de la aportación de ciento cincuenta terrestres destinados a ayudarles en un futuro no muy lejano a regresar a Tacom.

Luego se levantó Zanu, el más fuerte de los hermanos, quien dio cuenta de las exploraciones realizadas por sus esferas y platillos volantes de todas las regiones de aquel mundo llamado Tierra.

Al terminar de hablar entró en la sala un individuo delgado de escasos cabellos y provisto de unos lentes de forma extraña. Era el médico que asistía a Vertex, y todos advirtieron en su semblante una tristeza infinita.

Saludó respetuosamente a los jefes del *Kipsedón*, y aunque todos presentían el motivo de su entrada, Temoc le invitó con un gesto a que hablara.

—Insignes miembros del Gran Consejo —dijo el médico—. Soy portador de una funesta noticia. —Hizo una pausa. Reinaba un profundo silencio. Continuó—. El jeddad Vertex acaba de fallecer. Sus últimas palabras han sido éstas: *“Di a mis jefes que regresen a Tacom. Que tengan presente que la vida de varios millones de hermanos*

depende del Kipsedón. Dejo esta misión en manos de Yandot, el hijo de Jumwha”.

No hubo exclamaciones de pesar ni el menor comentario. Los tacomis no acostumbraban a expresar sus emociones. Las cabezas se abatieron unos instantes. Luego TJarvo, el más anciano de los presentes, se levantó.

—Nunca olvidaremos a Vertex, segundo jeddad del *Kipsedón* —dijo con voz opaca—. Su recuerdo siempre estará con nosotros. Fue justo y supo sobrellevar con dignidad su pesada carga. Vertex quiso que Temoc le sustituyera en el mando. Temoc es hijo del gran Jumwha. Tampoco podremos olvidar al más intrépido hombre de Tacom, constructor del *Kipsedón* y artífice de las victorias contra los odiados hombres amarillos de Tumpa, planeta de la constelación de Tacom. Temoc merece nuestra aprobación, pero siguiendo las costumbres tacomis debemos elegirlo por medio de votación. Nadie, después de la votación, podrá quitarle la autoridad, si resulta elegido. La votación no puede ser secreta. Los que estén de acuerdo en que Temoc sea nuestro nuevo jeddad, que ponga su mano derecha sobre la mesa, como la pongo yo.

Todos movieron a una la mano. Temoc quedó elegido en menos de un segundo como jeddad del *Kipsedón*.

—Temoc es nuestro nuevo jeddad —prosiguió el anciano—. Le obedeceremos, le respetaremos y le defenderemos con nuestra vida. Lo juramos firmemente. Temoc dispondrá las exequias de Vertex y el embalsamamiento de su cadáver para que repose en su día en Tacom, con los otros navegantes muertos en esta empresa. Temoc tiene la palabra.

Se levantó el hermano mayor de Yandot. Abarcó de una mirada a todos los jefes y manifestó con voz ronca:

—Me habéis elegido jeddad vuestro. Procuraré estar siempre a la altura de mi padre el gran Jumwha y de Vertex. Sólo quiero deciros una cosa: Regresaremos a Tacom por encima de todos los obstáculos. Dentro de poco partiremos, después de haber cargado nuestros motores de combustible atómico y de haber hecho provisión de alimentos. Necesitamos tener una idea más exacta de este planeta. Quiero saber hasta qué extremo puede oponerse a una invasión procedente del espacio. Yandot, tú conoces el idioma de los terrestres. Procura informarte bien acerca de ellos.

Temoc dio en breves palabras un resumen de la situación en que se encontraban. No existía a bordo del *Kipsedón* suficiente energía para emprender el regreso a Tacom. Tampoco tenían víveres para alimentarse durante la travesía que iba a durar como mínimo

treinta años. Víveres y energía. Era preciso, pues, aprovisionarse antes de partir de la Tierra. Sabían por Yandot y por las exploraciones aéreas, que podían hallar energía atómica por lo menos en tres países. Hacia el sur, concretamente en la dirección de la isla del hielo (Groenlandia) se hallaba un gran país (Estados Unidos) muy rico, que poseía formidables industrias y grandes fábricas de energía eléctrica y atómica. No quedaba otro remedio que apoderarse por unos días de aquellas plantas atómicas.

* * *

Llevaban varios días en el interior de la aeronave. Aunque no habían visto desde que despertaron de su sueño la luz del sol polar, sabían por el comandante Yemeneff y por el reloj del profesor Hoppel, el tiempo transcurrido desde que se vieron obligados a aterrizar en el campo de hielo. El profesor se hallaba preocupado por su hija y el propio Derek se preguntaba qué habría sido de Lanca.

Los americanos no habían intentado confraternizar con los demás ocupantes de aquella vasta sala. El comandante Sergio había estado preguntando para informarse de lo ocurrido. Al cabo de dos horas sabía cuanto había que saber acerca de la hazaña corrida por los evadidos del campo de concentración.

Tras una larga conversación con Derek Bedford, éste informó a sus compañeros.

—La mayor parte de estos hombres son evadidos de un campo de forzados ruso, situado en una isla del Norte de Siberia —dijo—. No han querido contestar a las preguntas del comandante al saber que éste era jefe moscovita. Pero entre los presos hay un cierto número de soldados y marineros rusos quienes han informado gustosos a Yemeneff. Yandot estuvo recluido dos meses en esa isla. Con el auxilio de una misteriosa esfera volante pudieron apoderarse del campo. Embarcaron en un rompehielos, y Yandot les condujo hasta aquí. Ninguno sabe para qué han sido traídos.

Durmieron varias horas interiormente preocupados aunque ninguno quiso decirlo. Al despertar y después de haber injerido alimentos comprimidos que el profesor examinó lamentando no disponer de un laboratorio para analizar las substancias que servían, de base a la alimentación de los tripulantes del *Kipsedón*, apareció Yandot por una de aquellas puertas que eran la pesadilla del teniente Wilson.

Los americanos comprobaron sorprendidos el absoluto dominio que Yandot, el único entre los tripulantes que no tenía rostro

arrugado y cuya presencia no era nada desagradable, ejercía sobre los ciento cincuenta evacuados de Sibiriakof. Yandot llamó a Kazan y le habló en voz baja. El ruso asintió varias veces con la cabeza y se separó del hombre rojo, acercándose a Foldvar, y el húngaro, a Müller y al polaco. Habló unos instantes con ellos y, luego, se aproximó al grupo de americanos.

—Yandot —dijo— desea que tres de ustedes vayan con él. Le gustaría que el comandante Yemeneff, el profesor Hoppel y usted, capitán, aceptaran su invitación. Espera poder mostrarles algunas partes del *Kipsedón*.

Los tres hombres aceptaron encantados. Siguieron a Yandot fuera de la sala. Derek vio cómo el mamparo se corría a sus espaldas, sin que Yandot hiciera ningún movimiento o apretara un botón. Atravesaron, en pos del hombre rojo, un corredor ligeramente curvo. Las paredes eran todas de un extraño material ligero, infinitamente superior en densidad, residencia y dureza al acero mejor. Yandot empezó a hablar en ruso. Yemeneff se encargaba de traducir sus palabras a los dos americanos, los únicos que desconocían este idioma.

—El *Kipsedón* es una gigantesca aeronave interplanetaria de doscientos metros de diámetro. Su forma es semejante a la de un disco casi esférico, ahusado en su parte inferior y rematado por una cúpula en la superior. La parte de abajo se encuentra por completo enterrada en la nieve y en el hielo, por ello vosotros sólo habéis visto el disco y la cúpula, en donde se hallan las cámaras de control y dirección de la aeronave. Ésta consta de quince pisos y su altura alcanza cerca de los setenta y cinco metros. El sistema de propulsión está constituido por una serie de motores movidos por energía atómica capaces de desarrollar una fuerza equivalente a cien millones de caballos de vapor. Los motores están situados en el tercer piso y sus depósitos completamente llenos, tienen energía suficiente para ciento diez años.

»El *Kipsedón* ha sido construido con un material arrancado a un satélite de Tacom, el planeta de donde procede, llamado Kass. Es veinte mil veces más denso que el hierro y capaz de resistir una avalancha de torpedos atómicos o de hidrógeno con cabezas atómicas. Es inmune a los rayos cósmicos y a los rayos electrónicos, pero no totalmente invulnerable a los rayos desintegradores, mil veces más potentes que la mayor de las bombas de cobalto. El *Kipsedón* está construido de modo que puede moverse en todas direcciones accionado desde la cámara de control.

Los terrestres escuchaban asombrados las explicaciones de

Yandot. Sus cerebros no alcanzaban a comprender ciertas explicaciones del hombre rojo de Tacom. Empleaba términos que sólo el profesor Hoppel era capaz de entender, pero muchas de las palabras de Yandot se perdían al ser traducidas por Yemeneff en su infame inglés.

—Estamos en el quinto piso —siguió diciendo Yandot—. Aquí se hallan los camarotes de la tripulación. Ninguna clase de comodidad se ha ahorrado al construir el *Kipsedón*. Todos los servicios imaginables se hallan a bordo. Poco a poco iréis conociendo los secretos de la astronave. El sistema de defensa del *Kipsedón* está construido por medio de un centenar de lanzatorpedos, repartidos por toda su superficie, que se cargan automáticamente, hacen la puntería, calibran distancias y disparan guiados por perfeccionadísimos cerebros electrónicos. Los torpedos, al salir del *Kipsedón*, se dirigen rectos hacia su objetivo, y, a menos que sean destruidos, persiguen a la aeronave contraria hasta acabar con ella. El *Kipsedón* posee además, baterías de cañones atómicos, proyectiles dirigidos de gran alcance, proyectores ígneos, cañones eléctricos, rayos paralizadores capaces lo mismo de parar cualquier clase de motor que de interferir las ondas de radar y de la radio y anular la fuerza locomotriz de un individuo, y, finalmente, lanzarrayos desintegradores, arma de terribles efectos. Asimismo, posee la potencia necesaria para crear un campo magnético que destruye inevitablemente todo aparato, proyectil o torpedo que no esté construido de kass. El *Kipsedón* cuenta, por último, con un cargamento de un millar de bombas atómicas, de hidrógeno y de cobalto de pequeño tamaño, pero muy perfeccionadas.

Subieron en ascensor al décimo piso situado en la misma cúpula. Yandot les fue mostrando la especial disposición de los compartimentos del *Kipsedón*, que los terrestres miraban maravillados.

La cúpula parecía de cristal. El kass era allí transparente. Podían observar las montañas de hielo próximas, los enormes icebergs y el cielo grisáceo del que caían espesos copos de nieve.

—Esta parte del *Kipsedón* —explicó Yandot— es transparente a voluntad. Desde la cámara de control, accionando un simple botón, hace tornar opaco el kass. Ahora vemos todo cuanto ocurre en el exterior, pero desde fuera sólo se ve el kass impenetrable.

Yandot les condujo a una especie de hangar, que mediría no menos de noventa metros de longitud por cuarenta de anchura, situado en el piso séptimo. Derek y el profesor sufrieron una sorpresa agradable. El Boeing RB-47-E, el avión de reconocimiento,

estaba allí junto a unas extrañas naves ahusadas que tenían la forma de un submarino. Medían estas naves quince metros de eslora, por cuatro de manga y tres de altura. Era difícil imaginar cómo podrían sostenerse en el aire sin superficies de sustentación.

En el piso inferior había otro hangar de las mismas proporciones, pero que en vez de contener veinticinco naves ahusadas encerraba dieciocho platillos volantes de unos ocho metros de anchura total.

En el cuarto piso penetraron en un hangar de mayores dimensiones en el que se veían perfectamente alineadas ocho gigantescas esferas de veinte metros de diámetro.

Había poca luz en el hangar. Confusamente distinguían los cascos redondos, velados por la luz azulenca que se desprendía de los tubos fluorescentes.

Derek y el profesor Hoppel se acercaron a una de aquellas aeronaves mientras Yandot se volvía para dar instrucciones a varios tacomis vestidos con monos azules. Con la proximidad, la esfera adquirió proporciones impresionantes. Derek palpó su lisa superficie. Parecía de cristal. Describiendo una vuelta en torno del aparato, reparó en el brillo mate de su pulida envoltura. Probablemente debía haber sido construida así para disminuir el roce con la atmósfera. Mas, aún así, debía ser espantoso el calor que desarrollaba.

Pero lo que más sorprendió al capitán Bedford fue que careciera de perfil de líneas correspondiente a un vehículo capaz de alcanzar velocidades escalofriantes. Su forma difería de la usual, fusiforme, que adoptaban los ingenieros que diseñaban aparatos aéreos. Era perfectamente esférica.

Ello quizá tuviera una explicación maravillosa por su alcance y significado. Los planetas en el espacio, el Sol, la Luna, las estrellas, son cuerpos redondos o semi-redondos, como resultado, más que de su rotación, en opinión de muchos astrónomos, de la aplicación de la ley misteriosa de la gravitación.

¿Sería también la mencionada ley responsable de la forma esférica de la aeronave?

Por su carencia de líneas rectas cabía encontrar otra explicación más razonable que la primera, a saber: que la forma esférica es la más perfecta que puede darse a un cuerpo que deba moverse en todas direcciones y no cabía dudar que la astronave se movía así, y tal vez girando sobre sí misma.

Yandot regresó invitándoles a subir a una de las esferas, la que se hallaba más cerca de la pared del *Kipsedón*. Una especie de

pequeña rampa daba acceso al anterior de la aeronave. Esta rampa se replegaba sobre sí misma y era al mismo tiempo puerta y escalera de bajada y subida.

Las paredes eran gruesas, casi de cuatro pies. En rigor constaba de una dermis liviana de kass, debajo de las cuales acumulaba, capa tras capa, el amianto entrelazado de tuberías de refrigeración, de cañerías, de misteriosos canalillos relacionados probablemente con el manejo del aparato.

El interior de la esfera era circular; la maquinaria ocupaba el centro de la esfera y a su alrededor había un corredor que daba la vuelta completa al interior de la esfera. Pero lo más notable era, sin duda, el hecho de que la cabina de mando carecía de techo y de suelos, dada la disposición del mecanismo del vehículo. En uno y otros formaban un enrejado resplandeciente diversos tubos dorados de uso desconocido.

El profesor avanzaba en el examen de los aparatos que constituían la maquinaria de la astronave. Le seguía Derek Bedford. A la sazón tenían delante la mayor y más complicada masa de ellos. Ya su vista les había inspirado un respeto extraordinario por el ser inteligente que los había inventado. Mas su respeto adquirió proporciones ilimitadas al contemplar la serie de grandes motores atómicos. Su escape explicaba los regueros chispeantes que dejaban en pos de sí, de vez en cuando.

A lo largo de la pared corría un par de vías sobre las que iban montados dos tubos con aspecto de cañones; uno era un proyector de rayos cósmicos y el otro un cañón atómico. Sobre el techo y el suelo se veían otros tipos de cañones cuya finalidad no alcanzaban a comprender los terrestres. Una plataforma con dos sillones corría también a lo largo de las paredes, destinados para los pilotos de la aeronave. Enfrente de ellos había una pantalla de televisión y gran número de palancas, aparte de un monstruoso y complicadísimo cuadro de instrucciones donde brillaban luces de todos los colores imaginables y oscilaba una cantidad abrumadora de indicadores.

Las esferas iban tripuladas por dos hombres tan sólo, y las armas de a bordo eran cargadas, apuntadas y disparadas por cerebros electrónicos que nunca fallaban la puntería.

Un hombre de piel apergaminada y oscura subió y se sentó en uno de los sillones. Accionó una palanca y la rampa de acceso a la esfera se replegó dejando la aeronave completamente cerrada. De pronto se oyó un amortiguado rumor y comprendieron todos que los motores habían sido puestos en funcionamiento.

El profesor y Derek se reunieron con Yandot y los demás. El

hombre rojo se había sentado en el otro sillón. Apretó un botón rojo y las paredes de la esfera se tornaron transparentes. Los terrestres pudieron ver entonces el interior del hangar y las otras esferas inmóviles. Un gran lienzo del *Kipsedón* se corrió ante sus asombrados ojos permitiendo ver la extensión blanca del campo de hielo azotado por el gélido viento del Polo.

Aquella aventura debía quedar eternamente grabada en el corazón y en la memoria de los terrestres.

Sus cuerpos metálicos y pegados adquirieron, de súbito, una misteriosa ligereza. La esfera despegó, por así decirlo, del hangar y abandonó, lenta y majestuosa, el *Kipsedón*. Derek, instintivamente, alzó un brazo. La acción fue increíblemente fácil. Pero lo más sorprendente del caso fue que, una vez alzado, ya no lo pudo bajar. No parecía tener peso. Hizo un esfuerzo... y se alzó del suelo sin querer: permaneció inmóvil en el aire. El volver a poner los pies en el suelo le costó ímprobo trabajo.

Derek vio que los demás debían haber sido advertidos por Yandot de aquel suceso. Sucedieron cosas que hubieran vuelto loca a una persona más supersticiosa. El compañero de Yandot se levantó de su sillón y empezó a andar por el techo y las paredes de la esfera, moviendo palancas, abriendo o cerrando tuberías.

La red de tuberías entrelazadas que a Derek le pareció tan inútil poco antes, era, en realidad, una red de pasamanos que se utilizaban para pasar de una parte a otra. El tacomis corrió con la mano puesta sobre uno de ellos, a la manera de una araña. De pronto se soltó de su asidero y quedó flotando en el aire.

Derek se humedeció los labios con la lengua. Rara vez se dejaba llevar de una emoción, mas a la sazón estaba excitado. Y lo mismo les pasaba a Yemeneff y a los evadidos del campo de concentración.

El profesor Hoppel estaba entusiasmado. Allí, ante sus ojos, se estaba demostrando el producto de un nuevo descubrimiento científico, de un invento tan avanzado que le dejaba aturdido a pesar de sus conocimientos.

Si interpretaba correctamente lo que veía, tenía forzosamente que admitir que el creador de aquella aeronave había asimismo descubierto la manera de anular la fuerza generalmente designada de impulsión, así como las varias formas de atracción, gravedad, etc.

Difícilmente se hubiera mostrado una persona culta tan sorprendida como lo estaba el profesor Hoppel en aquellos momentos. ¡Vamos, que era cosa extraordinaria dirigir las fuerzas de la inercia en todas o casi todas sus formas! Una inteligencia

extraordinariamente viva y profunda había penetrado, por lo visto, en uno de los campos científicos menos explorados. La ciencia moderna conoce la ley de la gravedad, pero no lo que es en sí esta gravedad. Ahora bien; allí había unos hombres que dominaban, al parecer, la materia.

La bola marchaba, entre el zumbido de sus motores, a una velocidad triple que la del sonido, y, sin embargo, los terrestres no notaban ninguna clase de molestias. Veían desfilar el paisaje helado bajo sus pies como si se encontraran suspendidos en el aire. Un profundo asombro les dominaba, haciéndoles impotentes para comentar, siquiera, lo que estaban experimentando.

* * *

En aquella cámara todo parecía de vidrio, desde la mesa y las sillas hasta los objetos más insignificantes. Varios hombres de piel sarmentosa se encontraban sentados alrededor de la mesa y miraron con curiosidad a los terrestres, cuando éstos entraron en la estancia siguiendo a Yandot.

A una indicación del hombre rojo, tomaron asiento en los sillones de cristal, recubiertos con almohadones para hacerlos más cómodos. Esperaron con gran interés a que el jeddad del *Kipsedón*, por boca de Yandot, expusiera los motivos de aquella entrevista.

Temoc empezó a hablar lentamente para dar tiempo a su hermano a que tradujera al ruso sus palabras y que Yemeneff lo hiciera al inglés a los dos americanos.

—Soy Temoc, el jeddad del *Kipsedón* —dijo— y príncipe heredero de la dinastía Jumwha que reina en Tacom, que así se llama nuestro mundo. Nosotros los tacomis procedemos de una galaxia situada a más de ciento veinte mil millones de kilómetros de la Tierra, vuestro planeta. Impulsados por las circunstancias emprendimos un vuelo de exploración para alcanzar o descubrir otro mundo donde las condiciones de vida fueran semejantes a las del nuestro, condenado a desaparecer en un futuro no muy lejano. Después de vagar errantes por los profundos espacios siderales durante un siglo, vinimos a caer, accidentalmente, en este mundo. Nosotros, los tacomis, no abrigamos ideas de conquista. Somos pacíficos si no se nos ataca. En este sistema solar hay otros dos planetas que pueden servir para nuestros fines, evitándonos el empleo de la violencia. Pero necesitamos combustible, energía para los motores del *Kipsedón*, y víveres para mis hombres, de lo contrario, no podríamos regresar a Tacom.

El jeddad hizo una pausa, miró, uno tras otro, a todos los

terrestres, y prosiguió:

—Nuestras esferas volantes han tomado películas de todos los centros industriales de este mundo. Sabemos que existen fábricas atómicas en dos o tres países. El propósito es apoderarnos de esas plantas atómicas durante unos cuantos días, el tiempo necesario para hacer acopio de combustible atómico que nosotros mismos fabricaremos. Luego abandonaremos la Tierra. No temáis; no pensamos causar ninguna muerte a menos que sea inevitable. Emplearemos los rayos paralizadores y los gases anestésicos para evitar derramamientos de sangre. Si vosotros cooperáis seréis recompensados, os lo aseguro. Podéis advertir a los gobiernos de vuestras naciones que no tomen medidas radicales contra nosotros, pues nos veríamos obligados a emplear las armas mortíferas del *Kipsedón*, y esto es una cosa que nosotros, los tacomis, no queremos hacer. ¿Qué respondéis?

Kazan, el húngaro y Mihaly el polaco se mostraron enseguida dispuestos a cooperar. Yemeneff y Müller permanecieron absortos unos instantes, mientras el profesor y Derek Bedford se consultaban con la mirada.

Fue el profesor quien primero habló:

—Comprendo que sería contraproducente oponernos a tus planes, jeddad. No querernos ser traidores a nuestra patria, pero accediendo a tu proposición podemos evitar males mayores. Acepto.

Sergio y Müller asintieron también. Era lo más razonable. Pero Derek tenía algo que preguntar.

—Yo estoy de acuerdo con mis compañeros —dijo—. Pero desearía saber una cosa. ¿Se nos concederá la libertad en el momento que vayáis a partir de la Tierra?

Después de que la pregunta hubo pasado por los labios del ruso y de Yandot, Temoc habló con su extraño acento gutural. Yandot tradujo las palabras y Sergio se encaró con Derek. Su semblante estaba serio.

—No, capitán —dijo—. Continuaremos a bordo del *Kipsedón*. Necesitan nuestra ayuda para conducir la astronave. Por eso Yandot se ha traído a los prisioneros de Sibiriakof.

—Bien —musitó Derek—. Es todo lo que quería saber.

Temoc se levantó, dando por terminada la entrevista.

—Yandot os dará órdenes —dijo. Salieron de la cámara.

* * *

Lanca Hoppel no estaba asustada. Nada turbio ni horroroso se desprendía del comportamiento de los hombres rojos. Sus

compañeras de habitación eran amables y muy sociables. Niva, la de más edad, le recordaba el personaje femenino de una tragedia de Tolstoi, llena de sensibilidad y ternura. Le hubiera sorprendido saber que se trataba de la viuda de un célebre miembro del partido comunista, que mató al hombre que llevó la ruina a su hogar. Tampoco Niva estaba asustada. Agradecía aquel cambio inesperado en su existencia; tenía abrigo, no le faltaban alimentos, aunque éstos fueran comprimidos, y había huido del terror de un campo de prisioneros y del asedio odioso de Nerensky. Olga Fedorova, la joven, poseía el semblante más hermoso que viera Lanca en su vida. Estaba sumamente delgada por causa de las privaciones sufridas. En sus maravillosos ojos negros brillaba todavía el horror, y parecía no haberse percatado de que había dejado de trabajar para los rusos.

Olga conocía el inglés. Había sido intérprete en un ministerio. Sus relaciones con un empleado de la embajada americana le valieron ser acusada de traidora y espía y ser deportada a Siberia.

Olga era fría, o por lo menos lo parecía. Había adoptado un aire atroz de indiferencia que estremecía de estima a Lanca. Su conversación con las dos mujeres le ayudó a sobrellevar con calma las largas horas que transcurrían monótonas.

La puerta del camarote no estaba cerrada. No sabían si era una muestra de confianza de los hombres rojos o un síntoma peligroso para su seguridad.

Las tres mujeres vestían uno de aquellos monos azules que realzaban su figura, ciñéndose considerablemente al talle. Los cabellos largos de Niva y Olga y su extrema palidez contrastaban con el semblante de Lanca Hoppel, bronceado por el sol del sudoeste americano.

A pesar de que Niva procuraba distraerla hablando por medio de Olga, Lanca estaba preocupada por su padre, de quien no tenía noticias, y, por qué no decirlo, también por Derek, su marido. Cierto que Derek era un insufrible orgulloso, pero su fino instinto de mujer había descubierto llamas de pasión en los ojos del capitán, lo que quería decir que Derek continuaba enamorado de ella.

Una de las veces que se asomó al corredor vio un hombre que avanzaba por él. Por su constitución física comprendió que era uno de los evadidos del campo de concentración. Llamó a Olga para que le preguntara por el profesor. Aquel hombre, de mirada astuta y rostro bestial, sonrió ampliamente al ver a las mujeres. Se paró haciendo una reverencia. Era Dimitri Kazan.

—Hola, Olga —dijo—, compruebo con agrado que tu aspecto físico ha mejorado mucho.

La joven no le hizo caso. Preguntó por el padre de Lanca.

—¿El viejo? —contestó el ruso—. Está bien. Acabamos de tener una entrevista con el jefe del *Kipsedón*. ¿Sabes, Olga, que voy a ser poderoso? Si no hubiera intentado derribar al gobierno no estaría aquí en estos momentos. Siempre he sido ambicioso. Por fin voy a tener a la humanidad a mis pies. Tendré lo que siempre he deseado y nunca he tenido.

—Tu ambición te perderá, Dimitri —respondió la joven—. ¿Por qué no cambias de modo de pensar? Eres intrigante, falso y rastrero.

Kazan sonrió sardónicamente.

—Sufres un error, pequeña —replicó con desfachatez—. Toda mi vida he mantenido la misma norma de conducta. Si por fin puedo lograr lo que tanto ansié, ¿crees, acaso, que voy a desperdiciar la ocasión? No soy falso, ni tampoco rastrero. ¿Intrigante? Quizás. Empleo mi materia gris. Eso es todo.

—¿No estás agradecido a tu libertador? Adivino por tus palabras que el día menos pensado traicionarás a los hombres rojos...

—Al contrario. Pienso estar unido a ellos durante mucho tiempo. Y ciertamente estoy agradecido a Yandot. Si no fuera por él me estaría pudriendo en la estepa siberiana. Hasta la vista, Olga. Y procura pensar en mí de vez en cuando.

Yandot había destinado una cámara especial para el grupo de terrestres a quienes estaba enseñando algunos secretos del *Kipsedón*. Kazan entró en la cámara sin preocuparse de la mirada de disgusto que le lanzó el comandante Yemeneff.

Sergio se inclinó sobre la litera en la que descansaba Derek Bedford y dijo cautelosamente en voz baja:

—Ese Kazan ser un diablo. Ser muy ambicioso. Lanzar a los tacomis contra las ciudades indefensas. Querer mucho mal.

—Tranquilícese, comandante. Yandot no les dejará moverse. Los tacomis no abrigan malas intenciones, a menos que sean unos perfectos embusteros.

—Yo desconfiar de Kazan. Mal sujeto.

Derek miró al jefe de los evadidos. Tampoco le resultaba simpático aquel tipo. En su vida normal ignoraba qué ocupación habría tenido, pero parecía hallarse en su elemento a bordo del *Kipsedón*. El húngaro tenía aspecto de persona culta y sin duda lo era. Sin embargo, se dejaba dominar por el ruso. El polaco había sido un bravo militar, que tomó parte en la resistencia anticomunista. Karl Müller era un joven prematuramente envejecido. Los padecimientos habían hecho mucha mella en él, hasta el punto de convertirle en un ser amargado. Decía haber sido

miserablemente engañado sirviendo de juguete a los designios de los gobernantes. Había luchado por unos ideales reducidos a polvo por el azar de la guerra, había sufrido el yugo de los vencedores. Sólo conservaba tristes recuerdos en su memoria. Los buenos, hacía tiempo que desaparecieron.

No podía haber encontrado Kazan mejores colaboradores para sus manejos.

Porque Yemeneff no se equivocaba. Kazan era ambicioso, muy ambicioso, y astuto. Tampoco carecía de inteligencia. Era el único, entre los evadidos, que había resistido el poder avasallador de Yandot.

Todos ignoraban cuáles eran los planes de Kazan. Sus resultados lanzarían a una Humanidad aterrorizada contra el *Kipsedón*. Ellos lograrían despertar los deseos de conquista de los tacomis, y su furor no alcanzaría límites…

CAPÍTULO IX

PELIGRO MORTAL

Derek Bedford levantó la cabeza de la almohada. El camarote estaba a oscuras. Oía las respiraciones acompasadas de los demás ocupantes de la cámara, pero no distinguía sus cuerpos tendidos sobre las literas. Con grandes precauciones puso los pies en el suelo y de puntillas, procurando no hacer el más leve ruido que le delatase, se dirigió hacia la puerta. No estaba cerrada.

Salió al corredor. Caminando de puntillas, corrió hacia los ascensores. Derek sabía que se estaba exponiendo a una muerte cierta, pero no podía dejar que los acontecimientos se desarrollasen del modo como los había previsto el jeddad de los tacomis. Sabía positivamente el gran peligro que corría la Humanidad, y él estaba dispuesto a conjurar ese peligro. Temoc había dicho que no abrigaban intenciones de conquista. Aquello era falso. Una vez provistos de energía atómica y de víveres volverían a Tacom para caer más tarde sobre la Tierra y adueñarse de ella en breves días. Su deber como oficial y americano era dar la voz de alarma. Y para eso se dirigía a la cabina de radio que Yandot les había mostrado unas horas antes.

No tomó ningún ascensor. El ruido podía poner sobre aviso a los centinelas tacomis. Subió por una escalera de caracol hasta llegar al piso decimotercero. Debía ir con mucha precaución, pues la radio estaría vigilada con toda probabilidad. Avanzó sigilosamente aplicando su cuerpo contra la pared. Oyó un ligero zumbido que salía de la cabina de radio. Con suma cautela se asomó por la puerta. Vio una masa de cabellos blancos sobre un cuerpo encorvado ante la radio.

El corazón de Derek latía desaforadamente. Conteniendo la respiración se acercó por detrás al tacomis, que con los auriculares puestos sobre los oídos no le oyó llegar. El capitán descargó un fuerte golpe con un trozo de cañería de plomo en la nuca del radiotelegrafista. El anciano cayó sin lanzar un gemido.

Inmediatamente, Derek ocupó su puesto. Conocía suficientemente todos los secretos de la radio y no le fue difícil aislar la comunicación de cualquier altavoz colocado en el *Kipsedón*. Seguro sobre este punto, hizo funcionar el manipulador.

De repente, la radio pareció estallar en pedazos delante de sus ojos. Sintió como si le clavasen un millón de hierros al rojo vivo en

el cerebro y perdió el conocimiento.

Kazan sonrió hurañamente depositando el cuerpo del americano junto al del tacomis. Luego cogió el transmisor y empezó a hablar empleando la onda corta. Habló primero en ruso. Luego repitió casi las mismas palabras en inglés. Si Derek hubiera podido escuchar, sin duda que hubiese palidecido horriblemente. ¡Porque Dimitri Kazan estaba lanzando al éter la posición exacta del *Kipsedón*! ¡Pero sus palabras iban a tener consecuencias funestas para el destino futuro de toda la Humanidad!

> **Transmite el profesor Joseph Augustus Hoppel. He llegado al término de mis investigaciones encontrando la base de los platillos volantes que han sido vistos sobre las cinco partes del mundo. La situación es la siguiente: longitud, 86° 33'; latitud, 86° 13'... El frío del Polo dificulta la transmisión. Envíen cuanto antes todos los aviones de combate disponibles. Los tacomis, tripulantes de las aeronaves interplanetarias, se están preparando para lanzar una ofensiva contra todo el mundo. Su base, una gigantesca astronave en la que yo me encuentro, es casi inexpugnable. Pero enviando una cantidad suficiente de aviones con los adelantos más modernos será posible impedir que salga de aquí y llegue a su destino. Se requiere la acción combinada de las escuadrillas de varias naciones. La suerte de los Estados Unidos y probablemente del mundo entero depende de la rapidez con que se obre. Debo terminar. Profesor Hoppel.**

Una sonrisa diabólica se observó en el rostro de Kazan. En aquel instante reconoció que había tenido una feliz idea en seguir los pasos del americano. Con el mensaje enviado se pondrían en acción las escuadrillas ruso-americanas, por lo menos para comprobar la veracidad de las palabras del supuesto profesor Hoppel. ¡Iban a llevarse buena sorpresa! El ataque de los reactores norteamericanos y rusos despertaría el furor de los tacomis, y entonces habría llegado el momento tan esperado por Dimitri Kazan.

Sin dejar de sonreír, el ruso cargó sobre sus robustas espaldas el

cuerpo desvanecido del capitán y salió de la cabina de radio. Cuando despertase el tacomis golpeado por Bedford se pondría en conmoción todo el *Kipsedón*, y a Kazan no le interesaba que Derek Bedford fuera descubierto, por lo menos hasta que no llevara más adelante sus planes.

El interior del *Kipsedón* semejaba un espantoso mausoleo. Kazan no era impresionable, pero estaba convencido de que muchos pares de ojos estaban clavados en él. Llegó, no obstante, sin novedad hasta los ascensores. Se metió en uno de ellos y apretó el botón de bajada. El capitán empezaba a dar síntomas de querer recobrar el conocimiento. Cuando el ascensor se detuvo en el quinto piso, Kazan salió apresuradamente dejando en la jaula metálica el cuerpo inconsciente del americano.

El ruso se metió tranquilamente en su litera y permaneció con los ojos abiertos hasta que vio penetrar tambaleante a Derek Bedford. Con una sonrisa burlona, Dimitri Kazan se durmió regocijado ante el profundo asombro que debía invadir al capitán.

Pero Kazan se equivocó en un punto. Estaba persuadido que los tacomis buscarían implacablemente al autor de la agresión al radiotelegrafista, pero Yandot, que se presentó por la mañana, no dio muestras de haberse enterado de lo ocurrido la noche anterior.

El hombre rojo prosiguió mostrándoles el interior del *Kipsedón*. Derek no comprendía nada de lo que había pasado. Cuando despertó en el ascensor tardó varios minutos en percatarse de que aquello no era su litera. Al recordar el motivo de su salida del camarote, se sobresaltó vivamente. Estaba seguro de haber llegado hasta la radio y de haber golpeado en la nuca al tacomis que cuidaba del aparato, pero sus recuerdos no alcanzaban más allá. El dolor que tenía en la cabeza había sido producido, evidentemente, por otro golpe semejante al que él propinara. ¿Pero quién le había atacado cuando se disponía a retransmitir a la base de Thule la presencia del *Kipsedón* en el Polo Norte y los proyectos de los tacomis y la sorda amenaza que éstos engendraban? ¿Quién lo había transportado hasta el ascensor, dejándole en el piso donde tenía su alojamiento? No pudiendo hallar respuesta a sus preguntas, Derek optó por olvidar lo sucedido; pero una y otra vez las mismas preguntes venían a martirizar su doliente cerebro.

Cuando acabó Yandot su plan de enseñanza, Derek pidió y obtuvo permiso para hablar con sus compañeros. Los encontró a todos con los nervios tensos y decididos a cometer cualquier barbaridad. El teniente Wilson miró irritado a su capitán.

—Esto no puede continuar así, señor —masculló—. Estamos

dejando pasar el tiempo lamentablemente, pero ya estoy más que harto de los tacomis y de sus comprimidos. Tenemos que escapar y poner sobre aviso a la Air Force.

—Ya lo intenté anoche, pero fracasé —respondió Derek, dando a continuación un breve resumen de lo que le sucedió—. Pienso igual que tú, Wilson; pero me preocupan el profesor y su hija. Creo que Yandot, adivinando nuestros propósitos, ha separado a Lanca de nosotros para tenernos sujetos y acaba de hacer lo mismo con el profesor.

—Usted tiene cierta libertad, señor —intervino el sargento Garry —. Si las cosas no suceden como nosotros esperamos, procure apoderarse de algunas armas. Usted, Yemeneff y los cuatro jefes de los evadidos podrían intentar algo.

—No creo que Kazan ni los demás deseen cooperar con nosotros. Le temen en gran manera a Yandot y a sus poderes infernales.

—De todos modos, yo lo intentaría, mi capitán —dijo el teniente Morse.

—Lo haré —asintió Derek—. No quiero que quede por mí. Hasta pronto, muchachos. Y no desesperéis. Saldremos de ésta.

Bedford abandonó a sus hombres convencido de que había de intentarse la fuga por encima de todo. Mientras atravesaba el corredor fue madurando la idea que anteriormente había germinado en su mente de pronto.

Pasaron unas cuantas horas antes de que Derek pudiera encaminarse al aposento que ocupaba Lanca en unión de las dos mujeres rusas. Encontró a Lanca mirando una pantalla de televisión en colores. Saludó con una inclinación de cabeza a Olga y a Niva, y dijo:

—¿Podría hablar un momento contigo a solas, Lanca?

La joven, por toda respuesta, se levantó de su asiento y salió de la cámara.

—¿Qué quieres? —preguntó fríamente.

—Escucha —dijo Derek, cogiéndola fuertemente por un brazo—. He venido para llevarte conmigo. No me seduce la idea de vagar por el espacio durante treinta años en esta aeronave, predestinada a convertirse en tumba de los tacomis. Los muchachos están de mi parte. Vamos a intentar salir de esta ratonera.

—Suelta —gimió la joven—; me haces daño.

—No hay tiempo que perder. Vamos.

—Espera, ¿no me has preguntado si yo quiero ir contigo?

—No —repuso secamente el capitán—, pero te lo pregunto ahora. ¿Vienes?

—En realidad, no me seduce la idea de abandonar la Tierra. Pero ¿y mi padre?

—Lo encontraremos. No nos iremos sin él. Si podemos apoderarnos de una esfera volante estaremos salvados. Nadie podrá detenernos.

—¿Qué vamos a hacer?

—No te preocupes. Ante todo conviene sacar a mis hombres de su encierro. Sígueme. Quiero hablar antes con Yemeneff.

—¿Y Niva y Olga?

—¿Qué piensan acerca de esto?

—No quieren saber nada del mundo que tan mal las ha tratado.

—Entonces no les digas nada. Vamos.

Atravesaron el corredor que estaba desierto y silencioso. Derek sabía lo arriesgado de la empresa que iban a emprender. Muy pocas probabilidades tenían de salir con vida del *Kipsedón*, pero había que intentarlo.

Bajaron en ascensor hasta el piso inferior y se encaminaron al camarote que ocupaban los antiguos prisioneros de Sibiriakof y Sergio Yemeneff. Estaban los cinco tumbados sobre sus respectivos camastros y se incorporaron al ver entrar a Bedford seguido de Lanca Hoppel. Derek, en pocas palabras, puso al corriente del plan de fuga que había proyectado a los cinco hombres.

El comandante ruso se mostró enseguida de acuerdo. Müller permaneció callado, mientras el húngaro y el polaco esperaban la contestación de Kazan; Dimitri movió la cabeza con lentitud.

—No sabe usted lo que se dice, capitán. Escapar de aquí es tan imposible como querer entrar sin permiso de los tacomis. Es una empresa descabellada. Además, estoy muy a gusto en esta aeronave.

—Mi intención es apoderarnos de una esfera volante —insistió Derek—. La hemos visto manejar y me atrevo a llevarla hasta donde sea. Podemos contar con la ayuda de muchos hombres que se hallan encerrados con mis muchachos.

—Aun así, no llegarían muy lejos. Yandot lo impediría.

—No lo sabrá hasta que sea demasiado tarde.

—No lo conoce usted bien. Adivina cuanto va a ocurrir o lo que piensa uno con una facilidad de verdadero brujo. No quiero ponerme en su contra. Sin embargo, ustedes actúen como mejor les plazca. No pienso decir nada ni mover un dedo por nadie.

—¿Y usted, Foldvar?

—Yo me quedo. Sólo les deseo que tengan suerte.

—Yo tampoco voy —manifestó el polaco.

—¿Müller?

El alemán levantó su abstraída mirada.

—Me gustan las empresas difíciles —dijo— y más cuando se halla comprometida la suerte de una linda señorita. Me uno a ustedes.

—Bien. Entonces escuchen atentamente. Hay un guardia delante de la puerta donde están mis hombres…

Kazan, el húngaro y Mihaly, el polaco, se apartaron discretamente. El ruso estaba convencido de que el americano no lograría su intento; pero la vida le había enseñado a que cada uno resolviera sus propios problemas. No pensaba sacar beneficio alguno denunciándoles a Yandot. Permanecería en el camarote sin moverse mientras durara la revuelta.

Quince minutos más tarde, Derek, Lanca, el alemán y Yemeneff salieron del camarote encaminándose a su primer objetivo.

Al llegar al recodo, Derek se asomó echando un rápido vistazo. Había un tacomis montando guardia delante de la puerta, sentado en una especie de taburete y muy entretenido, al parecer, en la contemplación o lectura de un libro de láminas de metal.

Derek hizo una seña a Yemeneff y a Müller y éstos avanzaron despreocupadamente hacia el centinela que levantó la cabeza al oírles llegar. No recelaba nada y no previó el ataque de que fue objeto. Los dos hombres cayeron violentamente sobre él, y mientras Müller le aplicaba un fuerte puñetazo en la mandíbula, Sergio se apoderaba de la pistola eléctrica colgada de su cinto.

El tacomis se derrumbó pesadamente al suelo. Un segundo puñetazo del alemán lo dejó insensible. Derek se acercó corriendo y cogió el dispositivo que hacía correr la puerta. Ésta se abrió, replegándose hacia un lado. Penetró en el interior de la sala, seguido del ruso. Todos los presos le miraron con estupor. El grupo de americanos corrió a su encuentro.

—¡Bendita sea! Lo ha conseguido, capitán —exclamó entusiasmado el teniente Wilson.

—Salgan pronto de aquí y espérennos en el pasillo. Le hago a usted responsable de la señorita Lanca.

—A sus órdenes, mi capitán. Ya habéis oído, muchachos. Andando.

Wilson, Morse, Garry y Shandon salieron atropelladamente. El comandante Sergio habló en ruso incitando a todos a escapar. Le escucharon en silencio. Luego, treinta hombres se adelantaron decididos. Eran los soldados y marineros rusos supervivientes de la matanza del campo de Sibiriakof. Muchos de ellos estaban sobrecogidos de terror; temían de modo extraordinario a Yandot, el

hombre rojo. Querían escapar, pero el miedo les restaba muchas energías.

Derek dio una orden y salieron todos de la sala cerrando la puerta a sus espaldas. Müller y los americanos aguardaban junto al cuerpo desvanecido y maniatado del centinela.

—Hay que procurarse armas —dijo Derek—. Dividámonos en tres grupos. El objetivo es el hangar donde se encuentran las esferas volantes. Müller, usted tome el mando de quince hombres. Usted, comandante, de otros quince. Yo mandaré el resto, o sea mi tripulación. Así nos podremos entender mejor. Adelante.

Siguieron juntos por el corredor sin encontrar a nadie. Llegaron delante de los ascensores.

—Nosotros subimos en busca del profesor —dijo Derek—. Bajen ustedes al hangar y apodérense de una esfera por encima de todo. Conocemos su manejo y cabemos todos en ella. Mucho silencio y eviten que se dé la alarma. Suerte.

Se metieron en los ascensores. Los americanos hicieron funcionar la jaula metálica y empezaron a subir. Derek detuvo el ascensor en el piso doce, donde cabían más probabilidades de encontrar al profesor. Las puertas del ascensor se abrieron y… se dieron de bruces con un tacomis.

Como una tromba, los cinco americanos se lanzaron sobre él, tapándole la boca y sujetándolo fuertemente. Derek le despojó de su pistola eléctrica, encañonando con ella al prisionero. Éste tenía el rostro arrugadísimo. Debía ser muy viejo, pero no había la menor expresión de miedo en sus ojos oscuros.

—Profesor Hoppel —dijo Derek lentamente—. Profesor Hoppel.

El tacomis denegó con la cabeza. Derek, impaciente, le golpeó con la culata de la pistola, derribándole. Le sabía mal emplear la violencia con aquellos ancianos, pero no le quedaba otro recurso si querían escapar.

—Atadlo y amordazadlo —ordenó—. Luego ocultad su cuerpo en cualquier habitación.

Fue cuestión de segundos hacer lo que el capitán había ordenado. Después siguieron a Bedford a la sala de conferencias.

Reinaba un silencio de muerte en el *Kipsedón*. Todo aparecía en calma. Los corredores y las estancias estaban desiertos, alumbrados únicamente por aquella luz azul tenue y difusa.

Derek avanzaba con precaución. Un sudor frío le corría por todo el cuerpo. Sin poderlo remediar volvió un par de veces la cabeza, asegurándose de que nadie, a excepción de sus hombres y de Lanca, le seguía. Llegaron al otro extremo del corredor circular. Hacia la

parte del centro se abría una espaciosa sala con una serie complicadísima de aparatos. Aquello era un fantástico laboratorio, uno de los más complejos que viera Derek en su vida. Tres tacomis trabajaban junto a unas mesas de vidrio, en tanto que dos robots, dos hombres mecánicos, se movían por la estancia a cada orden que daban en su idioma gutural los tacomis. El profesor Hoppel se hallaba muy enfrascado mirando por un potente microscopio electrónico.

La presencia de los robots dejó desconcertados unos instantes a los americanos, pues no sabían de qué eran capaces aquellas máquinas dotadas de cerebros electrónicos.

Derek, sin vacilar más, dio un salto y penetró en la estancia encañonando a los tres tacomis. El profesor Hoppel levantó la vista de su trabajo y miró estupefacto al capitán. La expresión de éste y del grupo que le seguía no daba lugar a dudas sobre sus intenciones.

Derek hizo un gesto para que levantaran los brazos. Los tacomis obedecieron. Estaban desarmados.

—¡Lanca! —exclamó el profesor—. ¿Qué significa esto?

—Significa —respondió Derek— que nos hemos arriesgado por venir a buscarlo, doctor Hoppel. Venga con nosotros.

—Yo estaba…

—No me importa lo que estaba haciendo. El general Hamilton me ordenó que velase por usted y debo obedecer. Vendrá con nosotros tanto si quiere como si no quiere. ¡Wilson!

El teniente se adelantó cogiendo por un brazo al profesor. En aquel momento, uno de los tacomis pronunció unas palabras en voz gutural. Los robots, que continuaban impertérritos en su trabajo, se volvieron lentamente. El tacomis volvió a hablar.

—Haz callar a ese tipo, Garry —gritó Derek.

Pero ya era tarde. ¡Los robots se movían en dirección al grupo de americanos! Y sus largos brazos empuñaron las pistolas que llevaban al cinto.

—Dispare, mi capitán —gritó frenético Jim Shandon.

Derek oprimió el botón de su pistola. Se escuchó un aullido parecido al de una sirena y como el restallar de un látigo. Por el cañón de la fantástica pistola salió una deslumbrante chispa azul que fue a dar en mitad del pecho del primer robot. Al chocar contra la envoltura acorazada del hombre mecánico, la chispa ardió con un fulgor verdoso y un crujido siniestro, pero no detuvo el avance del robot.

Derek volvió a disparar apuntando esta vez a la cabeza con el mismo efecto negativo. El hombre-máquina levantó

rapidísimamente su pistola y apuntó a Derek que estaba más cerca.

El capitán se consideró perdido. El terror le sacudió todos los nervios. Abrió la boca en busca de aire para gritar, pero en aquel preciso segundo retumbó en la estancia una palabra gutural. Los robots se detuvieron en seco. Bajaron lentamente sus armas y las enfundaron.

Los americanos se volvieron sorprendidos. Enmarcada en el umbral de la puerta vieron la figura imponente de Yandot, el Hombre Rojo de Tacom. Yandot, que acababa de salvar la vida del capitán, no llevaba ninguna clase de armas. Mantenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo y miraba profundamente a todos los allí reunidos.

De súbito, un ruido extraño, parecido al zumbido de una sirena que tocara, rompió el silencio en que se hallaba sumido el *Kipsedón*. Yandot no dio muestras de haber oído aquel ruido. Pero su significado estaba bien claro para los terrestres. ¡Estaba sonando la alarma!

Vibraron unos altavoces con palabras pronunciadas en idioma tacomis.

—Sus amigos han logrado apoderarse de una esfera volante —dijo Yandot ¡en un inglés perfecto!—. Un grupo de fugitivos ha sido reducido. El otro grupo penetró por sorpresa en el hangar, matando a dos guardianes. Se ha encerrado dentro de la esfera. Mientras permanezcan allí son invulnerables. Pretenden que les abramos las puertas del hangar. Amenazan con disparar los cañones atómicos si no obedecemos. Esto sería catastrófico para el *Kipsedón*, que no está construido para resistir un ataque desde el interior. El comandante Yemeneff ordena que les llevemos a ustedes a bordo sin pérdida de tiempo.

—¡Bravo por el ruso! —exclamó Wilson—. ¡Larguémonos, mi capitán!

—Y en el caso de salir del *Kipsedón*, ¿creen que llegarían muy lejos? —dijo Yandot—. Los torpedos dirigidos aniquilarían inmediatamente a la esfera. No tienen escapatoria posible. Ordene al comandante, su amigo, que se entregue.

—No lo pienso hacer —replicó decidido Bedford—. Abra paso.

Yandot negó con la cabeza.

—Escuchen —dijo.

Los altavoces continuaban vibrando con estrépito. Una voz pausada y monótona daba noticias repitiendo casi siempre las mismas palabras.

—Se aproximan varios centenares de aparatos procedentes de

varios países. Los terrestres han decidido presentar batalla. Nuestro radar los ha detectado a cien millas de aquí y nuestros cerebros electrónicos han dado el número, velocidad, posición y tiempo que tardarán en presentarse en este punto.

—¡Magnífico! —gritó Wilson—. No se nos pueden presentar mejor las cosas. Vayamos con el ruso.

Derek apuntó a Yandot.

—Le he dicho que deje paso.

Yandot negó de nuevo con la cabeza.

—Todos los aviones serán destruidos. Esto puede evitarse si ustedes se entregan voluntariamente. El *Kipsedón,* entonces, emprenderá el vuelo huyendo del enemigo que se acerca.

Derek vaciló.

—Dispare, capitán —gritó Wilson—. No podemos fiar en la palabra de este hombre.

—No seas loco, Derek —gruñó el profesor—. ¿No ves que está tratando de ayudarnos?

—Salgamos de una vez de aquí —dijo el teniente Morse—. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Dispare, señor —dijo el sargento Garry.

—Por última vez, Yandot —ordenó Derek—. Apártese o me veré obligado a hacer fuego.

El hombre de Tacom no se movió. Derek empezó a apretar el botón que hacía entrar en función la pistola. Admiraba, a su pesar, la tenacidad del tacomis, pero su vida y la de todos sus compañeros estaba pendiente de un hilo. Ya decidido, apretó el disparador. Resonó un estallido y un chispazo verde azulado alumbró la estancia.

Pero Yandot no cayó fulminado. En el último instante, sin que nadie lo pudiera impedir, Lanca, dando un leve grito, desvió de un golpe el cañón del arma hacia arriba. La chispa dio contra el techo y allí murió.

Yandot dio uno de sus fantásticos saltos y atenazó la muñeca del capitán. De un violento tirón le desarmó, apoderándose de la pistola, al tiempo que en la estancia hacían irrupción cinco tacomis armados de fusiles atómicos y eléctricos.

Derek se volvió furioso a Lanca, diciendo irónico:

—Tu intervención ha sido muy oportuna. Gracias.

Yandot dio varias órdenes a sus hombres. Luego, volviéndose hacia el profesor y su hija, dijo en inglés:

—Pueden considerarse desde este momento huéspedes de honor de los tacomis. Sus personas son sagradas para todos los tripulantes

del *Kipsedón*. Usted, profesor, continúe su trabajo, haga el favor...

Derek no pudo oír más. Dos minutos después era metido, en compañía de sus hombres, en una habitación donde se encontraban Müller y catorce de sus hombres.

—Fracasamos, capitán —explicó el alemán—. Conseguimos inutilizar a dos tacomis y apoderarnos de sus armas; pero casi enseguida fuimos rodeados. Uno de los soldados disparó su pistola y liquidó a un viejo, pero al instante cayó fulminado. Yo preferí arrojar mi pistola porque, de lo contrario, habrían acabado con todos nosotros. Aprovechando la consiguiente confusión, el comandante Yemeneff logró penetrar con sus hombres en una esfera después de matar a un guardián. Allá abajo están; en el hangar esperándoles, me figuro, o aguardando a que les abran la puerta del *Kipsedón*.

Derek contó por su parte lo sucedido a su grupo. Apenas había acabado su relato, se abrió la puerta y apareció Yandot.

—Venga conmigo, capitán —dijo.

Bedford, extrañado, le siguió.

—Los aviones terrestres están muy cerca del *Kipsedón*. No podremos evitar el combate, a menos que Yemeneff deponga su actitud. Háblele usted, dándole cuenta de la situación.

Derek no contestó. Pensaba en Lanca y en su extraña intervención. ¿Por qué había desviado su pistola? ¿Acaso el hombre rojo había ejercido una influencia nefasta sobre ella? Miró a su acompañante. Yandot caminaba balanceando levemente el cuerpo, moviendo apenas sus brazos y flexionando en demasía, como siempre, las rodillas. El tacomis no dejaba traslucir sus emociones. Su semblante era tan inescrutable como el de un piel roja.

Yandot le condujo a la cámara de derrota, donde se hallaban varios tacomis consultando una serie complicadísima de aparatos. Yandot manipuló en los mandos de una pantalla de televisión, apareciendo el semblante de Sergio Yemeneff.

—Es mi último aviso, Yandot —dijo—. Trae a bordo a mis amigos o no respondo de las consecuencias. Corred la compuerta para el despegue.

Derek cogió el micrófono que le alargaba el tacomis.

—Es inútil que nos espere, Sergio. Yandot no piensa soltarnos. Si sale del *Kipsedón* será inmediatamente destruido por los torpedos dirigidos o los rayos desintegradores. Pero de todos modos, haga lo que crea más conveniente.

—Escaparemos, capitán. Han pasado los cinco minutos que di de plazo. Que abran la compuerta. Sé que han puesto los motores del

Kipsedón en marcha, pero no conseguirán cogerme.

En su excitación, el comandante había hablado en ruso y Derek no había entendido ni una sola palabra. De todos modos, dijo:

—Suerte, Yemeneff.

Súbitamente, la sala de derrota se iluminó completamente, las paredes se tornaron transparentes y varias pantallas de televisión conectadas con patentes telescopios, se iluminaron con las imágenes de los aparatos a reacción que volaban a gran altura y sobre los que no cesaban de dar detalles los cerebros electrónicos.

Derek, sin embargo, tenía los ojos clavados en lo que sucedía en el hangar de las esferas. Vio en la correspondiente pantalla de televisión cómo se corrían las compuertas del hangar y la esfera tripulada por Yemeneff y los quince hombres que le seguían salía volando a poca velocidad del *Kipsedón*. Las compuertas se cerraron, y Derek apartó la vista de la pantalla para mirar a través de las paredes transparentes de la cúpula.

Temoc, el jeddad de los tacomis, empezó a dar órdenes en voz gutural. El zumbido de los motores se hizo más intenso. El *Kipsedón* se elevó en el aire, lentamente, como si le costara un gran esfuerzo. Desde la sala de derrota se veían unos puntitos que eran otros tantos aviones acercándose a toda velocidad al campo de hielo. El *Kipsedón* continuó ascendiendo.

La esfera del comandante Sergio describió un círculo alrededor del *Kipsedón*. De pronto, de la esfera brotó un chorro de proyectiles atómicos que explotaron sobre la coraza de kass del *Kipsedón*. Resplandores inmensos iluminaron aquel sector del Polo Norte. La astronave se estremeció violentamente, sin que, empero, se notara la menor variación de temperatura en su interior y el más leve fallo en el funcionamiento de los motores o en las instalaciones eléctricas.

Dentro de la sala de mando del *Kipsedón* reinaba gran actividad. Kanak, jefe de la artillería, gruñía órdenes a sus hombres que iban locos, abriendo y cerrando llaves. Los cerebros electrónicos de los torpedos y proyectiles captaron las ondas de la esfera. Un aluvión de torpedos se abatió sobre la esfera del comandante Yemeneff. Se formó ante los ojos estupefactos de Derek una fantástica danza de colores y resplandores vivísimos, de fogonazos, llamaradas, de bloques de hielo que se fundían en el aire, de columnas de humo radioactivo, y de pedazos de kass al rojo vivo describiendo enormes parábolas sobre el campo de hielo, desintegrándose a medida que iban cayendo dentro del campo de los rayos desintegradores tacomis.

Los aparatos de radar parecían haberse vuelto locos, de tantos ecos que señalaban a cortísima distancia. Derek miraba, conteniendo el aliento, hacia las formaciones ruso-americanas de cazabombarderos y aviones de asalto.

De pronto, el mundo pareció estallar delante del *Kipsedón*. La astronave vibró fuertemente, derribando de rodillas a Derek y a dos o tres tacomis. Se elevó en el campo de hielo una imponente bola de fuego. Las radiaciones de calor hicieron que el aire circundante se tornara incandescente. ¡La bola de fuego, centro de una explosión atómica, conteniendo los productos vaporizados de la desintegración, se elevaba rápidamente a la estratosfera, formando la característica nube en forma de seta, de extraordinaria radiactividad!

La bomba atómica había estallado a menos de cuatrocientos metros del *Kipsedón*. Las paredes de kass transparentes absorbieron la fuerza de las radiaciones y del terrible resplandor. La onda explosiva hizo bambolear a la aeronave, que empezó a subir vertiginosamente al encuentro de los reactores, lanzados ya en picado.

Por todas partes, incluso a través de las nubes radiactivas, se lanzaban los aviones sin piloto, los proyectiles dirigidos y los cohetes que estallaban por proximidad al objetivo. Colocados en segundo término, los aparatos de propulsión a chorro disparaban contra el *Kipsedón* una verdadera lluvia de cohetes y granadas que cubrían el cielo de cintas y rastros luminosos de todos los colores.

Las armas de la nave interplanetaria entraron en funciones. Alrededor del *Kipsedón* había formado un campo magnético en el que estallaban, a poco de penetrar, todos los proyectiles terrestres.

Los que conseguían pasar la barrera magnética eran abatidos por los torpedos provistos de cerebros electrónicos. Los torpedos salían del *Kipsedón* en verdaderos racimos, buscando con saña los fuselajes metálicos de los B-56 americanos, de los TuG-75 soviéticos y de los Canberra ingleses.

Los proyectiles ígneos y los cañones atómicos destruían sistemáticamente a todo avión que escapaba de la persecución incansable y tenaz de los torpedos tacomis. Los reactores se precipitaban envueltos en llamas o desintegrados en miles de pedazos sobre las capas heladas del Polo Norte. Los icebergs temblaban y se desmoronaban, produciéndose espantosos aludes, ante el retumbar ensordecedor de las explosiones, aunque en el interior del *Kipsedón* sólo se oían las voces de mando de Temoc, de Kanak o de Yandot.

Como una exhalación, la astronave ascendió hacia la estratosfera pasando entre los bombarderos terrestres, muchos de los cuales entraron en barrena al chocar contra el aire desplazado por el *Kipsedón* en su formidable marcha.

Los aviones desaparecieron en la lejanía en pocas décimas de segundo...

Derek cerró los ojos consternado. ¡Todo se había consumado! Decididamente, nadie podía oponerse a los deseos de Yandot. ¡Si hubieran escapado con el comandante Yemeneff habría tenido su mismo horrible final!

Los tacomis no tardarían en poner rumbo hacia las plantas atómicas norteamericanas. Y este hecho podía representar el fin de los Estados Unidos. La Humanidad reaccionaría vivamente contra los hombres rojos espoleada por la derrota de sus aviones sobre el Polo Norte o impulsada por el terror. Del miedo que atenazaría los corazones humanos surgiría el deseo de sobrevivir creyéndose amenazados. Y con su reacción sólo lograrían despertar los instintos de lucha y de conquista de los tacomis, y nada más que calamidades, sangre y un pánico feroz traería consigo una guerra entre dos mundos distintos.

Kazan podía sonreír satisfecho en su camarote. Sus planes se estaban desarrollando a la medida de sus deseos.

Derek sintió que le tocaban en un brazo. Era Lanca Hoppel. La joven tenía los ojos bañados en lágrimas, reflejando la honda impresión que habían dejado en su ánimo los últimos acontecimientos.

—Derek —musitó—. Yo... oh, Derek. ¿Por qué lo habré hecho?

El capitán la miró sorprendido. No sabía a qué se refería: si al momento en que le desvió el arma o al día en que se marchó de su lado.

—Ha sido horrible... Todo... Yo tuve la culpa. Perdóname...

Derek no comprendía bien sus palabras, pero de una cosa estaba cierto y era de que su mujer le pedía perdón, y nunca como en aquel momento necesitaba Lanca su cariño y su protección.

Abrió los brazos y Lanca se refugió en ellos, llorando mansamente.

—Lanca, vida mía. ¡No sabes cuánto tiempo he esperado este momento! Me parece imposible tenerte otra vez en mis brazos...

—Oh, Derek. Te quiero... te quiero... ¿Pero qué va a ser de nosotros?

—Me temo que tendremos que ir acostumbrándonos a vivir en esta aeronave. Pero no sufras; yo velaré por ti.

El capitán se encogió levemente de hombros. Para él, la cuestión de su destino había quedado relegada a segundo termino. Lanca le quería. Esto solo le bastaba.

—De todos modos —agregó Lanca— donde quiera que tú estés, será el lugar más hermoso para mí.

Derek besó a su esposa. Al levantar la cabeza su mirada se encontró con la de Yandot. El hombre rojo desvió la vista, inclinando el cuerpo sobre los instrumentos de la sala de derrota. Un momento después, pudo sorprenderle el capitán con la mirada perdida soñadoramente en el cielo azul por el que volaba el *Kipsedón* a increíble velocidad. Aunque por primera vez advertía Derek un síntoma de emoción en él, no supo interpretar correctamente la ausencia de su mirada. Por demás, el semblante de Yandot continuaba tan impasible, inescrutable y pétreo como de costumbre…

F I N

Los «tacomis» necesitaban combustible atómico y víveres para emprender el viaje de regreso a su mundo de origen. En el logro de sus planes no evitaban sacrificios ni permitían que nadie les arrebatara el planeta que constituía para ellos una gigantesca tabla de salvación.

Y tuvieron que lanzarse sobre los «terribles hombres-antenas», sus viejos y odiados enemigos, que amenazaban su descubrimiento.

Este es el singular arranque de la maravillosa novela de

WALTER CARRIGAN

EL REINO DE LAS SOMBRAS

donde, llevado de la mano de su sorprendente autor, vivirá usted las extraordinarias aventuras de un grupo de terrestres y el Hombre Rojo de Tacom en

EL REINO DE LAS SOMBRAS

que publicará en su próximo número

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **5** pesetas